PRÓLOGO

Cuando don José Alonso y Trelles hizo su aparición en el campo de la poesía gauchesca, ésta experimentaba una profunda crisis de valores.

Lejos estaban ya los tiempos de la gesta nacional, entre cuyo fragor heroico había nacido, no como expresión estética del espíritu de un pueblo todavía en embrión, sino con actuante finalidad de arma de combate, destinada a exaltar la justicia de la causa patriótica y a mantener encendido el coraje de los hombres que por ella peleaban y morían.

Al impulso de la pasión emancipatoria brotaron los versos toscos y rudos de los payadores de entonces, que embrazaban con idéntico fervor la guitarra en el vivac y la lanza de tacuara en la batalla. Y fue ese mismo impulso el que inspiró los cielitos desafiantes de Bartolomé Hidalgo y de sus contemporáneos anónimos, sustentados también por un propósito de activa militancia.

Más tarde, cerrada ya la órbita de la epopeya, cumplido el ciclo histórico que la había determinado, la poesía gauchesca comenzó a languidecer, perdien-

do poco a poco aquella vitalidad poderosa y aquella auténtica savia de pueblo que tuviera en sus orígenes.

Al finalizar el siglo XIX, los cultores del verso criollo, agrupados en torno a la revista "El Fogón", dedicábanse a tejer alabanzas rimadas a todo aquello que integraba el acervo tradicional del campo —el rancho, el pingo, la china, el ombú, la lanza, la guitarra, etc.—, o se entretenían en torneos contrapuntísticos más o menos ingeniosos, sin que tales alabanzas y torneos —meros pasatiempos, después de todo— lograran aportar substancia nueva al agotado género en que se inscribían.

Porque, a decir verdad, los versos de esos poetas no rebasaban jamás los límites de una objetividad pintoresca, conformándose con su epidérmica condición de barniz decorador, y sin arriesgarse en buceos que pudieran conducir al meollo íntimo de la vida campesina.

Se describían las costumbres criollas —no siempre con total fidelidad, por otra parte— empleando generalmente un léxico pedestre, chabacano, y por ende anti-poético; se buscaba hacer resaltar el mero detalle gráfico, la anécdota picante, el retruécano vivaz; se paisajeaba a brochazos llamativos, de dudoso gusto. Y los hueros frutos de esa anodina labor eran colocados en los moldes de siempre: décimas y más décimas, de las cuales hasta las propias guitarras campesinas empezaban ya a cansarse.

Fué por entonces, y en la citada revista, que aparecieron los primeros poemas de don José Alonso y Trelles bajo el seudónimo de "El Viejo Pancho".

El nuevo cantor del terruño era un español acriollado que residía en la pequeña población de

El Tala, en Canelones, donde alternaba sus tareas de procurador con el ejercicio del periodismo lugareño y el culto de las musas, amén de alguna que otra incursión poco fructífera al mundo de las candilejas.

Por gracia de una adaptación telúrica y humana de profunda raigambre, que lo identificó totalmente con nuestro campo y sus hombres, pudo advertir sin esfuerzo "El Viejo Pancho" que esos hombres y ese campo estaban ausentes de la superficial poesía vernácula que pretendía reflejarlos. Y sintiéndose con bríos para intentar la empresa de abrir caminos nuevos en tan trillado género, púsose a escribir los versos que habrían de integrar más tarde su libro "Paja Brava".

Desechando los viejos temas del pintoresquismo colorista y fácil, restituyendo al lenguaje criollo su armonía y su gracia naturales, utilizando nuevas formas métricas sin dejar de emplear también —cuando lo juzgó necesario— los octosílabos de la era payadoresca, empezó el nuevo poeta a mostrarnos campo y hombre desde un ángulo distinto, que nos permitía descubrir y palpar su íntima verdad.

Con las simples palabras cotidianas del gaucho —pero encendidas ahora por el destello cálido y vivo de su corazón—, fue trasponiendo poco a poco "El Viejo Pancho" los umbrales del siempre esquivo y difícil reino de la poesía.

Traía en sus alforjas líricas solamente un tema: el amoroso. Mejor dicho, una sola faceta de ese tema: la de la traición, que sin duda le era también la más propicia a su naturaleza galaica, proclive como tal a la nostalgia, a la saudosa evocación del bien per-

dido, sobre todo tratándose de un bien afectivo, de un bien del alma.

Tan sólo un tema, hemos dicho; tan sólo una faceta de ese tema. Y sin embargo, ¡qué riqueza de matices, qué inagotable gama de tonos al cantarla! Nadie había expresado nunca hasta entonces, en la máscula y ruda lengua criolla, lo que la unicorde lira de Trelles expresó acerca del amor perdido, hecho recuerdo, transformado en melancólica añoranza.

A propósito de esta tendencia a rememorar días felices, tan española y, por herencia, tan criolla —"cualquiera tiempo pasado fué mejor", dice la famosa copla de Manrique—; a propósito de estas constantes y fruitivas incursiones en la bruma sutil de la nostalgia —no olvidemos que existe también una felicidad de la tristeza, propia de ciertas naturalezas románticas—, cabe destacar un aspecto muy peculiar de la poesía de "El Viejo Pancho", aspecto que sus críticos han pasado por alto o han soslayado apenas, atentos a otras particularidades de este jugoso temperamento lírico: nos referimos a la presencia y a la influencia del tiempo en la poemática del cantor de El Tala.

En efecto, la obra de Trelles aparece casi siempre como signada por esa inexorable medida de toda cosa —realidad o sueño— que es el transcurrir. Pero en él, a la inversa de lo que ocurre con tantos otros poetas antiguos y modernos cuya palabra ha respondido al conjuro poderoso del tiempo —desde Omar Kayyam hasta Antonio Machado, por ejemplo—, el fenómeno de la temporalidad se concreta y reduce a un solo estadio, a una invariable zona:

la del tiempo que ya fue, la pretérita. A él no le interesa la hora presente, ni tampoco la que vendrá después de ella. Lo que hoy ocurre nada le significa en tanto no lo aleje y lo convierta en recuerdo el devenir eterno de los días. Recién entonces, cuando sea pasado únicamente, cuando sea únicamente memoria pura de cosa irreversible, podrá encontrarle sentido el alma del poeta, vuelta siempre hacia el ayer, en el anhelo perenne de un retorno imposible. Lo igual puede decirse de cualquier esperanza que entrañe realidades futuras.

Es, pues, el suyo, tiempo muerto, cementerio del tiempo, si cabe expresarlo así. De ahí, de esa estática fosa del pasado, logra extraer el poeta, sin embargo, las vivas esencias líricas que han de sustentar su verso.

Es que él es también un romántico en el fondo, no por escuela sino por naturaleza. De ahí que desdeñe el acontecimiento en transcurso, el hecho que aún rebulle y palpita, preso en las leyes de su propia dinámica, para ir a revivir —a recrear, mejor dicho— lo que ya es pasado, historia, tiempo inerte, y por eso mismo susceptible de poetización y de embellecimiento.

Es indudable que la perspectiva creada por la distancia y el recuerdo magnifica todo suceso vivido por el hombre, máxime si ese suceso ha sido venturoso. Vistas en la lejanía, a la luz de esa irrealidad misteriosa —dulce al par que melancólica— de que las imbuye su misma condición de pretéritas, las emociones humanas adquieren otro sentido y otra dimensión, se depuran, se afinan, se ennoblecen, recubriéndose a la vez de sugestivos tintes que al

nacer no poseían. Para el romántico de vocación congénita a que nos referimos, el fenómeno adquiere una significación mucho más honda, al punto de tornarle ineludible ese afán de regreso hacia los hechos cumplidos, ese deseo tenaz de revivirlos y recrearlos en el plano de la pura remembranza poética.

"Cualquiera tiempo pasado fué mejor", repetimos con Manrique. "Cualquiera tiempo", entiéndase bien. No el tiempo del amor, no el tiempo del contento espiritual o de la euforia física sino "cualquiera tiempo", incluso aquel que supone angustia o pesadumbre, con tal de que sea pasado.

Recordemos, a modo de testimonio de tal aserto en lo que a Trelles atañe, algunas estrofas de "Volver p'atrás", uno de sus poemas menos frecuentados, lo cual no impide que sea de los mejores que se hayan escrito en léxico gauchesco:

¿Que no mire p'atrás? ¿Que el tiempo juido
nunca más ha'e volver?
¿Que es mejor en la zanja del olvido
sepultar el ayer?

. . . .

¿Que vivir otra vez lo ya vivido,
si jué amargo el vivir,
es sufrir otra vez lo ya sufrido,
que es más pior que morir?

Pero también va haciéndose de a poco
cayo en el corazón. . .

¡Bien amarga es la yerba, y yo soy loco
po'el mate cimarrón!

. . . .

He aquí el testimonio del propio poeta —para el caso el más válido de todos— corroborando nuestras palabras anteriores. "Volver p'atrás" es la fórmula mágica que salva a este espíritu idealista de la vacuidad y la fealdad del presente. Pero es mucho más que eso todavía. Es el anhelo incontenible de un ser que, como todos los humanos, busca eludir la muerte, escapar de la realidad física del tiempo en que discurre, borrar la angustiosa sensación de fin que éste lleva implícita en tanto se consuma. Tiempo presente es siempre tiempo en marcha, y alberga por eso mismo la patética certeza del pasar, del extinguirse. Pero después que se ha vuelto ayer, memoria solamente, esa definitiva inercia en que se estanca lo convierte en refugio salvador contra los miedos ancestrales del hombre y su ciego desamparo original. Se muere mientras se vive, mientras se está pasando. Lo que ya transcurrió está a salvo de la muerte porque ha escapado del tiempo, que es quien la lleva en sí. Por eso es que la memoria de los hechos vividos, al poetizarlos y dotarlos de una nueva lozanía, consuela y defiende al hombre del obscuro pavor de su destino.

En el pasado no existe el tiempo físico, puesto que al consumarse se ha trocado en tiempo ideal, quieto y sin término. De ahí el ansia humana de regresar a él y hurtarse así de la tétrica presencia de la muerte.

"Volver p'atrás", entonces; retornar a toda cos-

ta, aunque ello signifique "sufrir otra vez lo ya sufrido, si jué amargo el vivir". Al fin y al cabo, todo es preferible a esa angustia del presente, con su fugacidad sin treguas, que nos está matando de continuo.

Por otra parte, la amargura también contiene gozo si se sabe paladearla. Recuérdese lo que expresa el poema en una de sus mejores estrofas:

"Pero también va haciéndose de a poco
cayo en el corazón...
¡bien amarga es la yerba, y yo soy loco
po'el mate cimarrón!"

Los cuatro versos de esta cuarteta resumen, en apretada síntesis, la personalidad psíquica de "El Viejo Pancho" y la consecuente orientación de su lirismo. A través de ellos se palpa la raíz misma de ese anhelo profundo que brujula su alma y determina la tónica de su poesía.

En cualquier sitio y época del mundo en que hubiera nacido este poeta, hubiera sido un nostálgico, un regresador saudoso y contumaz, de la misma especie del que añora juventud y amor de ingratas chinas en sus versos gauchescos.

Pero fué al campo nuestro que lo trajo su destino, y en él hubo forzosamente de cantar y hallar querencia a su canto.

¿Qué hizo entonces? Apenas adaptado a las costumbres criollas e identificado con la idiosincrasia —tan antigua, en cierto modo— de esta raza nueva, apenas dueño de la musicalidad y del íntimo color de su lenguaje —rama que no desmentía la savia añeja de las cepas matrices pero que dialogaba de

otra forma, sin embargo, con los chúcaros vientos aborígenes—, buscó los caminos que podían conducirle al ayer, única meta suya, por lo demás, en cualquier latitud del universo.

Ya casi no quedaban gauchos cuando él tomó contacto con el campo uruguayo. Y mucho menos por cierto en Canelones, tierra de agricultores, primer baluarte que cediera aquella raza nómada y arisca ante el empuje de los nuevos tiempos.

Canarios laboriosos que araban de estrella a estrella, con toda su esperanza puesta en el oro cordial de los trigales futuros; que habían cambiado la altiva bota de potro por el tamango humilde; que en muchos casos no sabían domar, ni armar un lazo, ni tirar una taba, ni alegrar los domingos de una pulpería con la tradicional rueda de truco acompañada de caña y de refranes: esos eran los hombres que allí alentaban entonces. Lo específicamente gauchesco no existía ya, era pasado, leyenda, y por lo tanto poesía. Apenas si pervivía una que otra reminiscencia desvaída y claudicante en el silencio de algún galpón de chacra o en el más solitario rincón de algún boliche. Viejos gruñones, que se pasaban añorando quejumbrosamente los buenos tiempos de sus gallardías moceriles, la ya desaparecida época de oro del gauchaje errabundo y aventurero, flor y nata de la indómita varonía oriental, según tales recuerdos.

"Cualquiera tiempo pasado fué mejor". Las inmortales palabras de don Jorge Manrique aparecían también aquí, hechas carne y no verbo, gravitando sobre la vida sin hoy y sin mañana —toda retorno, toda remembranza— de aquellos hombres primitivos y elementales, que no sabían ni siquiera leer.

Nada tiene de extraño entonces que el poeta de "Paja Brava", desinteresándose por completo de las nuevas generaciones criollas que iniciaban otra etapa, nueva también, en el proceso histórico y social de nuestro campo, se echase a la búsqueda de esas sobrevivencias del pasado a que nos referimos —los viejos quejumbrosos y añorantes que sólo sabían andar caminos de regreso—, y con la teoría fantasmal de sus recuerdos, exclusivamente, poblara el ámbito crepuscular, velado y penumbroso de sus versos.

El mismo seudónimo adoptado es ya una demostración bien elocuente de lo que venimos señalando: "El Viejo Pancho". Si tenemos en cuenta que él era un hombre todavía joven cuando empezó a escribir bajo ese nombre —que andando el tiempo habría de desplazar, en mérito a una creciente popularidad, su propio nombre civil—, hemos de arribar, quieras que no, a la conclusión de que ya desde los comienzos predominaba en su ánimo ese imperioso deseo de retorno, aguijón propulsor de su inquietud creadora. Adelantarse al tiempo, hacerse viejo él mismo en esa mágica zona de la invención poética —donde todo es posible—, para poder desde allí, desde aquella voluntaria vejez, retroceder nuevamente, exhumar acontecimientos lejanos, embellecidos por la pátina ideal de que los revestían el recuerdo y la distancia.

Creada así la atmósfera que necesitaba, hizo suya la monocorde actitud sentimental de aquellos gauchos nostálgicos, que tan bien encajaban en la órbita humana de su propio ser. Consubstanciado con ellos por obra y gracia de tan honda afinidad, resumióles admirablemente en su persona poética para luego

echarles a volar —a regresar, mejor dicho— en alas de sus versos, participando ya para siempre de su vida.

Fué después de consumada esta profunda simbiosis que nació su voz lírica, cuyo acento nos suena por eso mismo de un modo tan veraz, tan convincente, como si procediera de las entrañas de ese pasado que evoca, como si realmente tuviera hundidas sus raíces en el remoto tiempo de la plenitud gauchesca.

El poema "Yuyos Secos" es por demás elocuente en tal sentido. Allí vemos al poeta plantado en el centro mismo de su clima lírico, respirando a sus anchas ese aire vesperal y melancólico que tanto place a su espíritu, entregado de lleno al regusto gozoso de los tiempos idos, tanto más bellos cuanto más lejanos.

En "Yuyos Secos", nuestro autor canta en primera persona, cosa que por otra parte hace casi siempre. Y la singularidad aparente de su canto se acentúa por la concurrencia de elementos que parecen empeñarse en dotar de un carácter personal al poema: el caballo overo —el mismo de tantas otras composiciones suyas—, y, sobre todo, el propio nombre gaucho que el autor ha escogido para sí, y que suele aparecer también en otras páginas de "Paja Brava".

Pero detrás de esa apariencia de singularidad resuena la voz plural que ha sustentado el canto, la de todos aquellos viejos criollos que, como el poeta —o desde el poeta, para ser más exactos—, reviven empeñosamente sus días consumados, desprendidos ya del tiempo, buscando así librarse de esa punzante angustia que provoca en el hombre la certidumbre de su transcurrir. En "Al ñudo", otra de sus compo-

siciones bien representativas, corrobora nuestras palabras el poeta.

Acaso sin proponérselo, nos revela en esos versos la clave de su porfiado afán retornativo. Si en el fondo del recuerdo nadie envejece, como expresa un pasaje del poema, nada como recordar, entonces, para esquivar el rostro cruel del presente, que es el rostro del tiempo en acción, de ese terrible e inexorable arquitecto que edifica sin cesar sus sepulcros dentro y fuera de nosotros, puesto que su destino es el de trabajar para la muerte.

Y en cuanto al tema, es una vez más el amoroso, para que así sea más completa la ilusión salvadora. Porque el amor, ese amor traicionado del cual "El Viejo Pancho" ha hecho su "leit-motiv", no puede nunca borrarse en el olvido. Por el contrario, al adolorar el alma del poeta, afina su sensibilidad, dotándolo de una singular aptitud para la vida del recuerdo, en cuya esfera inmaterial y pura comienza a alumbrar entonces, con fulgor sostenido, que ya no habrá de sufrir ningún eclipse, la íntima luz de dicho amor, ahora sin término, precisamente por haber perdido su vigencia física, que era lo único que la acción del tiempo podía destruir.

En esa ideal esfera del recuerdo el sentimiento amoroso se decanta y embellece, por una suerte de catarsis sutilísima, hasta devenir poesía, quintaesencia del espíritu. Y busca entonces su formulación para comunicarse a quienes sean capaces de entenderlo y sentirlo.

De tal manera, recreando el amor en el recuerdo —que permite desmaterializarlo y conferirle una inmaculada categoría de sueño (el recuerdo es, en

definitiva, una forma del sueño, igual que la esperanza)—, "El Viejo Pancho" acaba por hacer de tal recreación el motivo principal de su poemática. La inconstante "chiruza" de sus versos, al ser evocada en éstos sin el influjo de su realidad corpórea, adquiere un sentido nuevo y superior en el alma del poeta. Su imagen se depura de todas las imperfecciones que lleva en sí la levadura humana. Es ahora la musa, como él mismo lo dice; pero una musa que ha sido mujer, que ha sido amada en su carne con amor de hombre antes que de poeta. Y eso le otorga una enorme ventaja sobre aquellas otras nueve musas del mito antiguo: la de su humanidad, que ahora, ya a cubierto del tiempo y de la muerte por obra del recuerdo —"en el fondo'el recuerdo naide envejece"—, permite sin embargo que se la recree con los mismos rasgos físicos de su antigua carnalidad, que se la recomponga sobre su propio esqueleto, pero dueña ya para siempre de aquella perfecta categoría de sueño que en su carne y en sus huesos no había podido tener, naturalmente.

"El Viejo Pancho" evoca de continuo en sus poemas a la paisanita de ojos como brasas y boca color flor de ceibo, desdeñosa y esquiva, que habiendo sido el tormento de su edad juvenil acaba por convertirse en sostén y consuelo de sus años viejos, que la nostalgia de esa "china" impregna de una dulce y serena melancolía, sin la cual no le sería posible vivir. Todo esto, desde luego, en el terreno de la invención poética y no en el de la vida real, que pudo ser distinta —quienes conocieron de cerca a Trelles afirman que lo fue—, cosa que bien poco importa, al fin y al cabo, desde que la verdad esencial de cada ser radica en su alma y no en sus he-

chos externos, ni en las contingencias sociales que van tejiendo su historia entre los hombres, y que son determinadas muchas veces por circunstancias ajenas a su voluntad.

Todo individuo civilizado, desde que constituye una célula del cuerpo colectivo, vive prisionero de las circunstancias, abrumado por cánones gregarios que asfixian o limitan su libertad de conciencia. A ese mundo convencional que lo rodea debe adaptarse por fuerza su vida de relación, vale decir la máscara social que esconde el rostro de su ser auténtico. Cuando se trata de un individuo común, ocurre que la máscara acaba por hacerse rostro, que la costumbre se vuelve naturaleza. Y entonces el individuo pasa por la tierra sin conocerse a sí mismo, cumpliendo automáticamente su trajín cotidiano, atento sólo a su vanidad, a su ambición, a su orgullo, esclavo del menester que su condición social le ha decretado. Y aunque eso sea en apariencia una felicidad, constituye en el fondo su mayor desgracia, puesto que ese hombre que muere sin conocerse muere sin sufrir, y en consecuencia, muere sin haber vivido. "El dolor —dice Unamuno— es la sustancia de la vida y la raíz de la personalidad, pues sólo sufriendo se es persona".

Por eso el hombre que posee vida propia, aquel que no teme explorar las luces y las sombras de su alma, rescata siempre de entre las circunstancias su verdad interior, la esencia de su ser, que está hecha, naturalmente, de dolor, y que por eso vive, y procura —si es un artista— trasmitirla a su obra, para que así se salve —y lo salve— de la muerte.

Toda la obra lírica de Trelles responde —haya tenido o no conciencia de ello el poeta— a ese supremo anhelo de salvación. Por eso, repetimos, se sitúa su alma en el ayer, donde la muerte no existe. Y por eso también su tema es siempre el del amor hecho recuerdo, sentimiento sin transcurso ya, y por lo tanto sin término. Además, ese recuerdo entraña siempre una esperanza no por inconfesada menos perceptible. Añorar es desear de nuevo, y el deseo, cualquiera sea su índole, actúa indefectiblemente sobre nosotros en función de porvenir. Así tenemos que el ayer añorado contiene para nuestro corazón semillas de futuro, máxime cuando ese ayer ha sido habitado por el amor, que es el más alto bien de que puede gozar sobre la tierra la criatura humana.

Afirma el mismo Unamuno que "el misterio del amor, que lo es de dolor, tiene una zona misteriosa en el tiempo". "Atamos el ayer al mañana con eslabones de ansias —añade—, y no es el ahora, en rigor, otra cosa que el esfuerzo del antes por hacerse después". Y agrega todavía: "El amor va haciendo recuerdos de sus esperanzas fallidas y saca de esos recuerdos nuevas esperanzas. La cantera de las visiones de nuestro porvenir está en los soterraños de nuestra memoria; con recuerdos nos fragua la imaginación esperanzas".

Estas palabras encierran, a nuestro entender, el principio filosófico que determina el rumbo lírico de "El Viejo Pancho": volver a ser en el recuerdo —que es también esperanza— por gracia del amor; liberarse del presente —que contiene la muerte en su fluir— para situar su hambre de eternidad entre

los dos polos temporales que enlaza el sueño de su alma: pasado y porvenir.

Y por eso, aun en aquellos versos en que pretexta o busca olvido a su congoja amorosa, no hace otra cosa que recordar, recordar a toda costa, porque es en el recuerdo donde encuentra respuestas su inquietud ontológica. Dice en "Cosas del Viejo", por ejemplo:

"Pa yo poder contarte la historia de mis penas
tendría que ir dispacio, pialando mis ricuerdos...
Dejálos que el olvido los ate a su palenque,
que yo, pa dir guapiando, ya no preciso de eyos."

Pero acto seguido empieza a narrar esa misma historia a su "linda flor de ceibo", saboreando con morosa delectación cada detalle del lejano idilio, al punto de que el lector menos sagaz comprende que su alma continúa caldeándose en la llama del amor que evoca, y que dice querer olvidar.

Otro ejemplo de esta aparente contradicción se nos ofrece en el poema "La Güeya", que finaliza exteriorizando su necesidad de olvido y demandando más caña para poder alcanzarlo emborrachándose. Empero, antes de hacerlo, se ha empeñado en revelar la causa de esa duda que le socava el pecho, y en ensalzar la belleza de la mujer presuntamente infiel:

"Yo tengo, pulpero,
pa que usté lo sepa,
la moza más linda que han visto los ojos
en tuita la tierra."

El sabe que la ha perdido ya y aún se expresa en tiempo presente, sin embargo. Acaso porque

existe algún recóndito estrato en su alma donde nace una voz que le susurra: "La tienes más que nunca, y para siempre, porque ahora es recuerdo y, por lo tanto, esperanza; porque se ha detenido en el tiempo y ya no puede morir, ni puede ningún hombre arrebatártela".

Otras veces prescinde de subterfugios y nos manifiesta abiertamente su ansia de no envejecer, de no pasar —so pretexto de no sufrir—, como puede apreciarse en estas estrofas de su poema "Aflojando?":

. . . .

Porque el tiempo abre zanjas con su reja en mi frente,
¿carculó que de viejo ya no puedo tenerme?

Porque ya ni a las mozas que en mi pago florecen
sé tenderles el ala, ¿cré que mi alma no siente?

Se equivoca, mi vieja: no alvirtió que se engüelven
en cenizas las brasas que apagarse no quieren.

. . . .

Las brasas que no quieren apagarse se envuelven en cenizas. Así también el alma del poeta, para defender su lumbre de la muerte, se oculta en las cenizas protectoras del ayer. Y desde allí, desde aquel inalterable mundo en el que nada transcurre, en el que nada envejece, disfruta del milagroso espejismo de una dicha sin fugas, de una eterna juventud.

Es en ese clima saudoso que tanto ama, donde entronca "El Viejo Pancho" con todos los grandes poetas españoles que se han producido bajo el signo del tiempo, desde Manrique hasta Antonio Machado,

pasando por aquella dulce lírica intimista de "Folhas Novas" que se llamó Rosalía de Castro. Y ahí radica también ese parentesco que muchos críticos se empeñan en encontrarle con el murciano Vicente Medina, y que aparece asistido además por motivos geográficos —telúricos, más bien—, desde que ambos poetas vivieron y escribieron en América, lejos del suelo natal. El otro parentesco, el de las formas métricas, nos parece infundado, pues no es a Vicente Medina sino a Bécquer, y acaso más atrás, adonde hay que acudir en busca de antecedentes para nuestro autor.

Treinta años han corrido ya desde la muerte de don José Alonso y Trelles; pero sus versos continúan viviendo en la memoria del pueblo con la misma frescura y la misma lozanía que cuando fueron escritos. Poeta sensitivo, fiel intérprete del alma melancólica del criollo, supo expresar en inspiradas páginas las vivencias esenciales de la raza que nutrió su canto. Y es por eso que sus estrofas suenan aún de rancho en rancho y de fogón en fogón, asegurándole así, a despecho de ese mismo tiempo cuya fuga le sirvió de incentivo creador, la tan anhelada perdurabilidad.

SERAFÍN J. GARCÍA

Montevideo, octubre de 1954.

CRITERIO DE ESTA EDICION

Para la presente edición se ha utilizado el texto de la tercera de PAJA BRAVA, última publicada en vida por el autor, cotejándolo con el de las dos primeras, y con el de la cuarta, que repiten las posteriores. De la cuarta edición y siguientes, se incorpora la sección *Composiciones inéditas,* con los poemas *¡Ecce Homo!, Hojarasca, A mi rancho.* Se republica íntegro el prólogo *De la portera,* tal como apareciera en la primera edición y que posteriormente sólo se transcribiera en forma fragmentaria. Se mantiene la exclusión del poema *Réplica* firmado "Un gringo porpero", que el autor dispuso a partir de la segunda edición.

Se ha uniformado la acentuación, particularmente caprichosa en esta obra, de acuerdo a las nuevas normas en la materia, y ajustándola siempre al fonema gauchesco, aunque manteniendo las variaciones que éste experimenta en la obra *(déjelo, dejeló; acostumbrar, acostumbrás).* Se respetó la oscilación ortográfica, característica general de toda la poesía gauchesca, en los casos en que se rastrea su permanencia a través de las distintas ediciones consultadas. Cuando se observa tendencia a la incorporación de la regla ortográfica, se la subraya extendiéndola a los casos no incorporados a ella: *aura, ahura.* También se corrigen las palabras en que se sospecha errata reiterada, cuando no se altera el fonema habitual de la lengua hablada: *resucitar, resucitar.*

En cuanto a la puntuación, se mantiene la del autor, corrigiendo, pocas veces, cuando se consideró necesario para la mejor inteligencia del texto.

A. R.

PAJA BRAVA

EL VIEJO PANCHO

José Alonso y Trelles, que hizo famoso el seudónimo "El Viejo Pancho", nació el 7 de mayo de 1857 en Galicia, hijo de un maestro asturiano, D. Francisco Alonso y Trelles y de Da. Vicenta Jarén. En Ribadeo transcurren los años juveniles del poeta y allí cumple estudios de comercio para alcanzar el título de perito mercantil.

Emigra a América, residiendo de 1875 a 1877 en Chivilcoy, donde escribe y publica sus primeros versos todavía cultos, de inspiración romántica. "Epoca crítica —ha dicho de sí, Trelles— en la que vacilante entre irse a la Pampa en busca de Martín Fierro, o rendirse al yugo de la civilización, optó —no sin honda pena— por lo último. Y se vino al Uruguay". Se radica en el pueblo del Tala, Canelones, entrando como dependiente en el comercio de Juan Ricetto, con cuya hija Dolores casará en el año 1882. Colabora en la redacción del periódico *El Tala*. Efectúa un viaje al Brasil, adonde vuelve después de casado, radicándose en Sarandí Catupú, y dedicándose a actividades comerciales, sin éxito. Allí nacen sus dos primeros hijos. Vuelve al Tala en 1887, reingresando al comercio de su suegro, en calidad de socio. Realiza estudios de notariado sin llegar a recibirse, ejerciendo como procurador.

Desde noviembre de 1894 a marzo de 1897 publica valiéndose de un Ciclostyle ochenta y tres números de *El Tala Cómico*, periódico semisatírico y semiilustrado. Y desde junio de 1899 a enero de 1900, veintitrés números de *Momentáneas*, con "tricromías que daban las doce". Comenzó escribiendo poemas castizos, pero ya en sus periódicos personales, y luego en *El Fogón*, respondiendo a la incitación cordial de Orosmán Moratorio para que intentara la poesía gauchesca, aparecieron algunos de los poemas definitivos que integrarán *Paja Brava*.

Atraído por el teatro organizó en el Tala un conjunto dramático del que fué director, actor y escenógrafo. Para él escribió numerosas piezas que se perdieron o destruyó el autor. Se publicaron *Juan El Loco* (1887) y *Guacha* (1913).

En 1902 adquiere la ciudadanía legal y en 1908 ingresa a la Cámara como representante por Canelones, en las listas del Partido Nacional. Realiza posteriormente un viaje por su tierra natal, y luego de penosa enfermedad fallece en Montevideo, donde residía, el 28 de julio de 1924.

Sus poemas gauchescos los recogió en volumen bajo el título de *Paja Brava*, en 1916. Su éxito total queda registrado en las dos reediciones ampliadas que le siguieron. Después de su muerte se hicieron varias ediciones ilustradas por dibujantes nacionales, así como ediciones populares. Sus poemas pertenecen al acervo popular de la cuenca del Plata.

DE LA PORTERA

Está abierta, lector: está abierta y puedes entrar sin obligación de cerrarla ni de curar tus ovejas con el flúido que indica el cartelito pegado a ella. Porque supongo tendrás majada y no te repugnará el vaho de aprisco si te acucia el deseo de ver mi hacienda. Criolla toda, lector: sin otra mestización que la que puede haber resultado de algún vitando descuido debido a mi inopia. Criolla, y, por liviana, desdeñada de saladeros y frigoríficos, vale decir de Ateneos y Bibliotecas. A los críticos más ilustrados y sesudos *suele atravesárseles en la garganta;* sólo la miran con simpatía los que por la intensidad del amor al terruño hallan bueno cuanto él produce. Tal vez por eso la conservo yo mismo, aunque convencido de su poco valer. Y por ello la dejé criarse *cimarrona,* brindándotela hoy encerrada en potreros gracias a la caridad de un amigo entrañable que la *reculutó* a fuerza de paciencia. No toda, porque, hacienda alzada, así no más no se embreta; pero sí la mayor parte. Y hasta un ejemplar tan escapado a mi recuerdo, que *aunque sigue a la madre,* lo dejo orejano para no incurrir en abigeo.

Y basta de simbolismo.

Los renglones desiguales (¡cualquier día les llamo yo versos!) que te brinda este volumen y que leerás o no, porque no sé si se adaptarán a tus-

gustos, en mi opinión, y considerados literariamente, no valen nada. Te juro que no hay modestia en la emisión de este juicio absoluto y desenfrenado, sino sinceridad campera, y, por lo mismo, sana. Que de mí, como dijeron de no recuerdo cuál poeta, puede decirse que si tengo el vicio de hacer versos (¡ya pequé!) tengo también la virtud de despreciarlos. Salvo unos pocos, los escribí hace bastantes años, por puro solaz y sin soñar que pudieran salir del ambiente campesino en que fueron concebidos y dados a luz. Pero salieron. Y ni siquiera vivieron "lo que viven las rosas"; sino que siguen recitándose en no pocos cenáculos rurales y hasta en algunos rinconcitos urbanos en que brilla el saber. ¿Por qué? ¡Vaya uno a adivinarlo! Dijo de ellos el ilustre doctor Fénix en una de sus "Notas" de "El Siglo", que "tienen —no obstante su tosquedad, propia del estilo campestre—, el sabor y el colorido de nuestra tierra". Opina Casimiro Monegal, el inimitable cronista, que soy yo "el que ha sondado mejor el alma gaucha y expresado en versos perdurables las pasiones bravías, los dolores y las ternuras de nuestras Julietas y de nuestros Romeos criollos". Afirma el calentoso Luis Hierro que mis "cantos genuinamente uruguayos, evidencian mi vocación para pulsar la lira gaucha y mi conocimiento del alma compleja del paisano". A todos ellos la responsabilidad de mi gesto actual. ¿No podrían ser sencillamente mis pasiones, mis penas, imaginarias o reales, que da lo mismo, mis secretas ternuras, el mundo misterioso e ignorado que lleva cada uno dentro de sí, lo que, en el pintoresco lenguaje criollo, aprendido en mi larga convivencia con la gente del campo, expresan y traducen mis toscos versos?

Toscos, sí, tan toscos, tan inarmónicos, tan mal rimados, que ¡pobres de ellos si de su estructura se

ocuparan los técnicos, si no los salvara el granito de emoción con que pudo haberlo dotado mi sensibilidad exaltada, si no hicieran con ellos lo que quería Menéndez Pelayo se hiciese con las novelas de Pereda!: *"antes que juzgarlos, sentirlos"*, porque quién sabe si no son también "algo tan de nuestra tierra y de nuestra vida como la brisa de nuestras costas y el maiz de nuestras mieses".

Confiado en que así ha de ser, los lanzo a la vida en un libro. Para recomendarlos al paladar literario, cada día más exigente, necesitaría un prólogo que no sé hacer ni me atrevo a pedir a nadie; para entregarlos al sentimiento público, sobran estas excusas, si es que hay en ellas un granito de emoción, que puede que le haya.

JOSÉ A. TRELLES.

Tala, diciembre de 1915.

DE LA RAMADA

—¿Vamos, viejo?
—No voy; no voy, hermano:
ando medio pesao de la cabeza,
y cuando estoy ansina, hasta una broma
se me hace que es ofensa...
Vaya no más usté: pa mí no tienen
ni un poquito de gracia las carreras
dende aqueya ocasión en que el cacique,
que dentraba en la penca,
me retó como a un negro en el camino
por no sé qué zoncera...,
me retó por que traiba
consigo toda la perrada hambrienta,
¡la perrada baguala que en el gaucho
ve el pan que no se vende de esta tierra!...
Vaya, no más, usté; yo ya soy viejo
y a gatitas me quedan
las posturas... y el alma que no afloja
ni a naides en el mundo se le duebla.
¿Pa qué vi'a dir? ¿Pa que cualquier milico
—¡un guacho que ricién largó la teta!—
me peche el mancarrón, o le acomode
la culata del *mausse* en la cabeza?
No porque una ocasión me haiga hecho el chancho
vi' aguantar los rezongos de un trompeta;

¡que hasta gana e mojar me dentra a veces,
aunque agatas arrastro la osamenta!
Deje no más, deje no más que el viejo
se quede en sus taperas,
viendo pasar por las cuchiyas verdes,
las alegres visiones con que aún sueña;
que no sepa ese ombú donde ha colgado
su guitarra sin cuerdas,
ande otro tiempo recostó su lanza,
al volver vencedora de la guerra,
que al que jamás ha conocido el miedo
lo retó en las carreras,
un comisario de esos de bombiya
que no se anda con güeltas
pa atracarnos el código a los gauchos:
"El pan que no se vende de esta tierra".

1899.

DE LA LUCHA

No rempuje, compañero:
¡jue pucha, ni que anduviera
con dolor en la *bastera*
y juyese al entreveró!
Más despacito, aparcero,
que hay piedras en el camino,
no se asuste si me empino,
que es sólo pa curiosiar;
no le voy a sonsacar
ni la china ni el *destino*.

¡Ah pueblero desconfiao!
Cuando menos se afigura
que pretiendo alguna *achura*
de las que le han ofertao...
Déme por eliminao
del montón de pretendientes
que se han afilao los dientes
pa prendérsele al turrón...
Soy crioyo sin ambición
y gaucho de los decentes.

Pa mí no habrá chocolate
ni migas del presupuesto,
porque no ando del cabresto

de ningún alto manate.
Gracias si ligo algún mate
amargo como mi suerte,
porque a mi bien se me alvierte
que es al ñudo pretender...
Al paisano, ¡ni que ver!,
se le hace pitar del juerte.

Güenazo pa las cuchiyas
cuando *la tela refala*,
y el que es ternero y no bala
anda asustao y en cucliyas.
Pa él no son las amariyas
de la burra del Estao,
pa él es el duro recao,
y el rémington y la lanza,
y la bala que lo alcanza
y lo piala de volcao...

Y todo, ¿pa qué? Pues pa eso:
pa que un pueblero ladino
sospeche, al ver que me empino,
que quiero sacarle el güeso...
Compañero, guarde el queso,
que, pa que usté se lo coma,
yo en el bajo y en la loma
sirvo de... cuajo a la leche...
Conque, amigo, no sospeche,
que si me empino es en broma.

Dóranse los trigales a un sol que quema,
y, agitando sus alas, las segadoras
largan en los rastrojos ataos de paja,
que han de mascar más tarde las triyadoras.

Con el gacho e vicuña sobre los ojos,
montaos en mancarrones que, por sotretas,
ni sombra son de aqueyos que beyaquiaban
al sentir las coronas en las paletas,

van cruzando las chacras, jediendo a gofio,
cortao el pelo al rape y en zapatiyas,
los nietos de los gauchos de vincha y lazo,
—juertes como los talas" y "coroniyas",—

que cuando estas quebradas no habían sentido
más arao que la trompa de los peludos,
se golpiaban la boca putiando alcaldes,
¡jinetes en baguales de los más crudos!...

A la puerta e los ranchos, cuando eyos pasan,
salen las paisanitas de la tierruca,
que se enseban la cara pa echarse polvos,
y se añudan el pelo sobre la nuca.

Y *balan* "vidalitas" en la acordeona,
y relinchan, al ráirse, como potrancas,
y, al andar, van diciendo de razas finas
po el tamaño e los senos y de las ancas,

y son, tamién, las nietas de aqueyas chinas
de ojos como no hubo otros, lindas y esbeltas,
que al morir de las tardes, todas de blanco,
y adornadas con flores las trenzas sueltas,

iban dende los ranchos hasta el palenque
a esperar a los crioyos de entrañas duras,
que eran pa las chiruzas de sus amores
suaves como la grasa de las *achuras*.

DESENCANTO

¡A VOLAR!...

Me retiro, no hay que ver,
al ñudo son sus halagos,
estos ya no son mis pagos,
los pagos que dejé ayer.
Ansiaba, amigo, volver
pa ver mis viejas taperas,
y me hayo con puras eras,
y puras tierras aradas,
y paisanas remangadas
cuidando las sementeras.

¡La gran flauta, qué dolor
ver negriar esas cuchiyas
ande antes vide tropiyas
de baguales de mi flor!
Hoy sólo el güey arador,
el mancarrón aguatero,
el crioyito... *majorero*
que come gofio a puñaos
y chanchos enchiqueraos
que jieden de lo más fiero.

Los que jueron gramiyales
que daban gusto a los ojos,

se han convertio en rastrojos
tuitos yenos de abrojales.
No hay mangueras ni corrales,
pero no falta el chiquero,
ni el galpón, ni el gayinero,
ni siyas en las cocinas,
porque ¡ahijuna! hasta las chinas
cambiaron de asentadero.

¿Chinas, dije? Pues reculo
la expresión; ahura el hembraje
ha cambiao hasta el pelaje
con ladino disimulo.
¡Compañero, hay cada rulo!
¡Cada frente de cuajada!
Cada mejiya rosada
como pintada por Dios
con carmín, polvos de arroz
y sebo de riñonada!!...

Nada, ¡a volar, a volar!
Ni éstos mis pagos han sido,
ni el que como yo los vido
los golverá a recordar.
Voy ande pueda pulpiar
y amañar un redomón,
ande alegren un jogón
gauchos que digan primores,
y hembras que enviden amores
al cebar un cimarrón.

A LO ESCURO

China, esperáme a las once;
a esa hora no nos ve naides,
porque están negras las noches,
como sotana de flaire.
Dejate de andar zonciando
con la vieja y con tu padre,
que, últimamente, es al ñudo
esconder lo que eyos saben.
¡Mirá quién, china, tu vieja
pa no cazarla en el aire,
eya, que jue p'al amor
como Rivera p'al sable!
¡Ahijuna, vieja alarife!
Si al yegar yo la otra tarde
se me dejó cair de punta
con estas mesmitas frases:
—"Mozo, no vaya a hacer buya,
porque puede recordarse...
Sinforiana, que hace días
duerme unas siestas muy grandes".
Y me miró sonriyendo
como pa que yo cociase...
Le barajé la indireta,
y ansí, como pa tirarle
de la singüeso, le dije:

—"Quién sabe si no vela a alguien".
—"Eso — dijo — como verlo,
porque a ocasiones, ya tarde,
la siento como que reza"...
—"Pa que el dijunto se salve"
dije yo.
—"De juramente,—
dijo eya, — pero es muy ave
el tal dijunto y colea".
—"Pues si colea, aflojarle".
La vieja, al óir esta broma
dijo, queriendo babiarse:
—"Lamhéte que estás de *güebo*:
esa guacha tiene madre".
—"Güeno, pues con su licencia",
le contesté yo al instante.
Y eya, largando el picazo,
respondió:
—"Ansina, quién sabe".
Con que ya sabés, chiruza,
la vieja está de mi parte,
y al viejo, si se retoba
puede que le dé... un calambre...
y bale... como ternero
que se ha quedado sin madre.
No te hagás la chancha renga
y abríme en cuanto te yame,
porque he juntao... tantos besos
que en los labios no me caben;

y como esa tu boquita
es tan chiquita, se me hace
que pa no desperdiciarlos
los vi a dar en muchas partes...
Ten cuidao de no dormirte
y en la ventana esperáme,
y no te retobés mucho,
mi lindo clavel del aire,
que cuando no puede verte
se conforma con tocarte
el que sin tu amor no vive
y es todo tuyo—

Dinarte.

Ansina es el mundo, ansina;
vivir soñando, de mozo,
y dispués del alborozo
jo... robarse y tomar quina.
Yo también quise a una china
con tuito mi corazón,
y en la mejor ocasión,
pa no olvidar viejas tretas,
me largó haciendo gambetas
lo mesmo que charabón.

A la mujer, ño Pascual,
al ñudo es redemoniarla,
cuando usté ha craido amansarla
se le va con el bozal.
Yo no conozco animal
más entregao en la doma,
pero ¡ah hijuna! en cuanto toma
gusto a la pierna del freno,
morderla se le hace güeno
y dispara hasta de broma.

Y esto que es la luz del día
p'al gaucho desengañao,
p'al varón enamorao

tuito es pura fantasía.
Si se agarran a porfía,
el sueño y la realidá,
al cohete se empeñará
en dar su fe la experencia,
el amor tiene su cencia
que es pura causalidá.

Es bicho zonzo el varón
cuando el amor lo palmea;
por muy bellaco que sea
lo amansa a lo mancarrón;
larga el royo a la ilusión
y a la primera partida,
cuando con voz conmovida
le canta a su china un trovo,
ya al indio se le hace robo
ser feliz toda la vida.

Jue pucha, si yo pudiera
como aquel dotor nación
golver a ser charabón
aunque al diablo me vendiera,
la que bozal me pusiera
china artera había de ser,
porque, amigo, a la mujer,
que es la imagen del olvido,
es mejor patiarle el nido
que no ayudárselo a hacer.

¡SI ESTOS GRINGOS!

Eche una copa, pulpero;
vi a sentar el mate amargo
y en seguidita me largo
como tatú pa su ajuero.
No le mezquine, aparcero,
a ese vasito culón...
Había sío este nación,
fiero... es que yo se lo diga,
lo mesmito que una hormiga
pa la casa del patrón.

¡Si estos gringos! ¡Ni que hablar!
Pa vender, mezquinos de uña,
Pero clavan... la pezuña
cuando tocan a cobrar.
A poco de negociar
y cuando usté ni se sueña,
se le atracan a la dueña
del potrerito arrendao
y le pagan al contao
casa y campo y monte y leña.

Y toditos son ansina;
mientras no hayan güena suegra
se arranchan con cualquier negra

que de balde les cocina.
No quieren comer gayina
porque no les hace cuenta,
pero adoban la pulenta
con pajaritos guisaos,
porque estando amontonaos
de un tiro matan cincuenta.

En lo que no son mezquinos
—se entiende, pa su provecho—
es en trasegar p'al pecho
lo mejor que viene en vinos.
En eso sí, son ladinos
estos gringos apestaos;
eyos comerán guisaos,
si a mano viene, de garras;
pero ¡hijos de una! en sus farras
p'al vino son delicaos.

Ahura diganmé, paisano.
¡Con semejantes padriyos
han de salir los potriyos
como pa parar a mano!....
Por eso hay cada orejano
con el lomo como cerro,
que no da descanso al fierro
cuando algún patacón filia,
y degüeya a una familia
sin que se escape ni el perro.

Y dispués dice la gente
que es un indio el matador...
¿Indio? Acaso po el color
al yamarle indio no miente;
pero no es dejuramente
de la indiada de mis pagos,
que si en la guerra hace estragos
y mata en propia defensa,
pa la persona indefensa
nunca tuvo sino halagos.

A MIS MAESTROS
LOS REDACTORES DE "EL FOGON"

Paisanos: como esta es luz
que ando hasta medio asustao,
y eso que ya estoy cansao
de hacerle al diablo la cruz.
Gambetié como avestruz
pa juirles a los puebleros:
pero eyos, que son auteros,
me bolearon de parao,
y a la suidá se han yevao
mis estilitos camperos.

Y ustedes, que en las cuchiyas
tuitas sus ansias pusieron,
cuando mis trovas oyeron
creyeron óir maraviyas.
Del trébol y las gramiyas
les yegó acaso, el olor,
y, aunque puetas de mi flor,
no vieron que era su anhelo
quien traiba el olor del suelo
y no este pobre cantor.

Yo, en la guitarra querida
que muertas dichas recuerda,

tengo no más que una cuerda
ya gastada y añidida;
bordona que al ser herida
roba a mi mano el temblor,
y va diciendo, pa pior,
a quien compriende de notas,
que las otras cuerdas rotas
las ha rompido el dolor.

Y no hay más... pura zonzera,
pura espina, puro abrojo,
charamuscas de mataojo
que no son más que humadera.
Leñita de esa... cualquiera
la tiene pa su jogón,
yo al de ustedes, con razón,
no mando astiyas, paisanos,
mando un apretón de manos
y con él mi almiración.

AL DOTOR ALFREDO E. CASTELLANOS

Con motivo de una fiesta celebrada en su estancia en honor de su nietita Marta Etchepare.

Jue al ñudo, Dotor, su envite;
conformesé con mi ausencia,
porque el hombre de la audencia
la gambeta no me admite.
Pa mi gusto hubo palpite
en esa risolución;
Dios, que es de güen corazón,
le tocó al Juez en el mate
pa que entre tanto manate
no hiciese yo un papelón.

Eso, ¡como si lo viera!
Bien sabe él que uno de botas
no está bien entre macotas
ni en una fiesta campera.
Yo, que soy muy de p'ajuera,
cuando oigo hablar a un dotor
quedo como en un temblor,
lo mesmo que potro crudo
si, preparándole el ñudo,
le corren el maniador.

Disculpe, pues, la sentada
d'este su humilde invitao
a quien usté tanto ha honrao
con su amistá bien probada.
Ya sabe que la cuerpiada
jue pura causalidá;
de no, hasta con chiripá
me iba a su fiesta, Dotor,
a honrar... cualquier asador
y agradecer su bondá.

Tengamé por presentao,
y démele a su nietita
por mí, en la linda boquita
un beso bien apretao.
Y si quiere que el asao
no le pegue la patada,
no vaya a leer de esto nada
a ninguno en la riunión:
mire que una indigestión
es cosa medio pesada.

VIDALITAS

Yo tenía un espejo,
Vidalita,
donde me miraba,
y eran los ojitos
Vidalita,
de la que me amaba.

Ya no veo su imagen
Vidalita,
donde la veía;
me robó el espejo,
Vidalita,
la desdicha mía.

Los ojitos negros,
Vidalita,
de pupila ardiente,
se han ido cerrando
Vidalita,
perezosamente.

Porque aquella llama,
Vidalita,
que en ellos ardía

la apagó el aliento,
Vidalita,
de otra simpatía.

Ojos hechiceros,
Vidalita,
que yo quise tanto,
hoy al recordaros,
Vidalita,
os envío mi llanto.

YUYOS SECOS

Del sol que vieron mis años mozos
a gatas quedan tibios reflejos
que en el recuerdo buscan ansiosos
mis pobres ojos, sin luz, de viejos.

Eran los tiempos en que mi herraje
lucía en el lomo de un potro crudo,
y en las glorietas entre el gauchaje,
a más de un taita dejaba mudo;

era cuando iba campiando agravios
con la altanera mirada dura,
yevando el reto pronto en los labios
y la e dos filos en la cintura;

era cuando era mi cancha el rancho
de aqueya antera chiruza mía,
que jue más tarde p'al Viejo Pancho
como la musa Melancolía.

Rancho entre sauces, que a media noche
se abría al envite de mi ternura,
como en las tardes abren el broche
las campaniyas de la espesura.

Inolvidable nido e fajina
ande mis sueños se deshojaban
entre los brazos de aqueya china
que me oprimían y me maniaban;

de aqueya china voluntariosa,
sedienta siempre de amores nuevos;
de aqueya china linda y mimosa
de abrasadores ojos malevos,

que cuando al alba salía a la puerta
brindando al beso su boca roja,
dende el palenque mi overo, alerta,
la saludaba con la coscoja...

1918.

VOLVER P'ATRAS

¿Que no mire p'atrás? ¿Que el tiempo juido
nunca más ha e volver?
¿Que es mejor en la zanja del olvido
sepultar el ayer?

Bien se ve que ricién abrís los ojos
a la vida, gurí;
cuando sintás los caracuces flojos
no has de pensar ansí.

¿Pa qué al flete e soñar vi a darle apronte
si está maceta ya,
si por juirle al camino vive a monte
como el guasivirá?

Cuando a juerza e penar yegués a viejo
como yo, ya verás
por qué quisiera ser como el cangrejo
que anda siempre p'atrás.

¿Qué vivir otra vez lo ya vivido,
si jue amargo el vivir,
es sufrir otra vez lo ya sufrido,
que es más pior que morir?

Pero tamién v'haciéndose de a poco
callo en el corazón...
¡Bien amarga es la yerba y yo soy loco
po'el mate cimarrón!

Por eso al ver tranquiar hoscos y lerdos
mis días sin amor,
ato a soga el ternero e los recuerdos
p'apoyar la lechera del dolor...

Octubre de 1919.

DAÑO

—¿Y ande vi'a dir que no pene?
—¿Ande? P'al gaucho agayudo
que no desmiente la casta
es cancha todito el mundo.
Con lo mejor de tus pilchas
ensiyá el cabayo oscuro,
y ande no falte un churrasco
escarbá como el peludo
pa enterrar en el ajuero
que ha e servirte de ranchujo
hasta el recuerdo e la pena
que t'está ahugando, chiruzo.
—¡Ah, viejo; si usté supiera!...
Dirme o no dirme es al ñudo,
porque lo que tengo es daño
que me hicieron con un yuyo.
—¿Con un yuyo? No seás zonzo;
te han hecho daño, de juro,
pero el yuyo jue otra cosa
que conozco de hace mucho...
El yuyo jueron dos ojos
que te miraron sañudos
dispués de hacerte caricias
y de prometerte mundos;
el yuyo jue una boquita

en la que Mandinga puso
miel de camoatí en los besos
que no probás hace mucho:
y jue yuyo aqueya nuca
ande aletiaban dos rulos
que eran pa vos como fiebre
de la que áun sentís el chucho,
y lo jue el cuerpo e cuajada
que soñaste había e ser tuyo,
y que al querer agarrarlo
en las manos se te hizo humo...
Ese jue, gurí, tu daño,
y eso lo que yamás yuyo!
—Güeno, viejo, aunque sea ansina,
que lo será, no lo dudo,
pensar en curar mi pena
con dirme lejos, carculo
que es como querer ganarles
al dos y al cuatro en retruco...
—Puede que no andés errao...
¡Tené pacencia, chiruzo!...

Febrero de 1919.

VERSOS DE PERICON

C.—En el jardincito e mi alma
hice almácigo de sueños,
y me lo quemó al nacer
la helada de tus desprecios.

S.—Eso le pasa al más vivo
que se mete a jardinero,
cuando inora que hay semiyas
que no nacen juera e tiempo.

C.—Dispués que me despreciaste
mis claveles florecieron,
porque es tanto lo que yoro,
que con lágrimas los riego.

S.—Si es verdá no lo publique,
porque no habrá quien lo quiera,
sabiendo que hacen sus ojos
oficio de regadera.

C.—Queréme un poco, chiruza,
que se me ha muerto mi madre,
y es lo más triste del mundo
que no quiera a uno naides.

S.—Vas mal, güerfano, volvéte,
porque has errao el camino;
el que va a mi corazón
no es el que yeva al asilo.

C.—En el cantero en que tengo
sembradas mis esperanzas,
paso los días carpiendo
un yuyo que me las mata.

S.—Pobre mozo que no sabe
que es tuito al ñudo su esfuerzo,
ese yuyito no muere,
porque es el yuyo e los celos.

C.—Al dulzor de unos amores
tranquilos como un arruyo,
prefiero yo los rigores
de un desdén como ese tuyo.

S.—Tamién pa mí es más sincero
que el arruyo, el arrebato...
¡denmen el odio el cordero
antes que el amor del gato!...

Dicen que un crioyo altanero
ronda de noche tu choza...
No salgás ni aunque haiga luna,
¡pisá derecho, morocha!
Cuentan que es gaucho ladino
que los corazones roba,
y que se jata e yevarlos
prendidos de las yoronas...
¡Quiera Dios no quede el suyo
como gaucho atao a soga
lo que sienta el calorcito
de tus gracias tentadoras!
Vos, con esos ojos lindos,
que son dos dagas filosas,
amagá p'atropeyarlo,
pero no avancés ni en broma;
porque cuenta una chiniya,
que tuvo con él su historia,
que es como luz p'arrimarse
cuantito le aflojan piola...
....
Sin mostrártele mezquina
no la echés de generosa,
que la sé trai al jagüel
la hacienda más ariscona.

Querendona de a ratitos,
y de a ratos desdeñosa,
haciendoló arder en celos
si a las güenas no se doma.
Cuando el hombre se t'entriegue
manso de manos y boca,
querélo con tuita el alma
y entregátele vos toda,
que la vieja, que te asusta
con Mandinga, es sabedora
de que por amar ansina
Dios salvó a la Pecadora...

. . . .

Y a más, que ni en el infierno
hay pena más grande y honda,
que la de ir yamando a un alma
y ver que esa alma está sorda!...

1920.

PA EJEMPLO

Ricién, ricién, le habían sacao el yugo
al infeliz güey viejo,
y, yevando el compás con la cabeza,
rumbiaba p'al manchón de pasto fresco.
Una vaquiyoncita,
que po'el tamaño, el cuerpo y por el pelo
parecía importada, al tranco corto
se jue hacia el manso ansina como al sesgo.
Sin ladiarse del rumbo, con los ojos
más bien cerraos que abiertos,
puede que pa dar sombra a las pupilas
ande escuende el telar la araña el sueño,
de juro la miró a la vaquiyona
con mirada e deseo,
porque hinchando eya el lomo
como si juese un cerro,
y castigando l'anca con la cola,
en cuyas cerdas rezongaba el viento,
disparó dando saltos y balando
con balidos tan raros y tan secos,
que eran igual que carcajada loca
del que al verse tentao juye riyendo...
Sin explicarme cómo,
la risa aqueya la sentí en el pecho,
y, redepente, entropiyaos y ariscos,

atropeyaron mi alma los recuerdos,
y pensé que tamién a mí, a ocasiones,
se me asoma a los ojos el deseo,
un deseo que las penas y los años
debieran de haber muerto,
y que dejuro desconfió el güey manso,
porque al pasar, me contempló un momento,
y en las pupilas en que tejen tules
   las arañas del sueño,
leí yo que me decía: "Por las dudas,
aprovechá ese ejemplo...
¡Y ya sabés lo que le espera al gaucho
que no apriende a ser viejo!"

1922

LOS QUE QUEDAN

Alcanzáme el chiripá,
y aprontá mis nazarenas
que vi'a calzar las de potro
p'hacer más crioya la fiesta.

Mi overo dende el ombú,
luciendo cacharpas nuevas,
con la coscoja del freno
me alvierte que ya está alerta;

y yo, sin saber por qué,
siento en los brazos más juerza,
y menos peso en las tabas,
y más soltura en la lengua.

¡Ah malhaya juese el tiempo
que cansao de darme güeltas
pa la edá en que era yo mozo
recula ra de vedera!...

Pero ¡de ande! Si Mandinga
se ha quedao a guampa seca,
y ya no hace más milagros
como aquél de la leyenda.

Pa mí que esto que ahora siento
se lo debo a la giñebra,
porque tomé unos traguitos
pa hacer pata a lo que venga.

Vi'a cruzar pagos ajenos,
vi'a salir de la querencia,
pa probar si tuito es chacras
lo que rumbee campo ajuera.

¡Ajajá!... ¿Vido, aparcero?
Ya enhorqueté la osamenta...
¡Y ahura mozos, démen cancha
que mi overo pide rienda!

Lo que ese sol que amanece
le dé a este mundo dos güeltas,
mi flete ha e tomar el agua
del Sauce de Villanueva...

....
....

Aquí otra vez, en mi choza
ande quedaban mis penas,
ande mis recuerdos guachos
morían de mal de ausencia.

Aquí otra güelta, aburrido,
deshecho de las paletas,

y sabiendo ya que tuito
se ha hecho gringo en esta tierra.

El puesto, el corral, los bretes,
el alambrao, las tranqueras,
la estancia con su "garage",
la pionada, las haciendas,

tuito es gringo; hasta los ranchos
que hace un siglo eran taperas,
son hoy la suidá machaza
que sobre el Yi se arrecuesta.

Suidá que cumple cien años
y al cumplirlos los festeja;
pero ¡sin canchas de taba!
ni sortijas, ni carreras!

Suidá de chiruzas lindas
como lo eran las agüelas,
y de crioyos que usan ahura
centurones y galeras.

Suidá en que dirán discursos
dotores de lengua suelta,
pero ande no habrá un trovero
que cante su amor en décimas...

Güelvo otra vez a mis pagos,
al silencio e mi tapera.

a contarle a mi guitarra,
pa que lo yoren sus cuerdas,

que no quedan ya más gauchos
en tuito el lomo e la tierra,
que unos de engaña-pichanga
que vide ha poco... ¡en "maqueta"!

1921

VENGANZA

Sortija que juera un triunfo
se la acomodé en el dedo,
p'adornar aqueya mano
de que creia ser el dueño!
Era del oro más fino,
y, ocultas del lao de adentro,
dos iniciales maniadas
había grabao el platero.
No bien malició mi china
de las letras el secreto,
que me estiró la trompita
pa que le pialara un beso.
Y jueron gloria los días,
y en el rigor del invierno
dieron rosas los rosales
y era siempre azul el cielo;
y parieron las majadas
sin malograrse un cordero,
y eran albahaca los campos,
y gramiyales los médanos;
que es el amor p'al cristiano
lo que el pampero p'al cielo,
lo que el sol pa los pastitos,
lo que la luz pa los ciegos;
y enyena el cinto del gaucho

si no de plata, de sueños,
que valen más, a ocasiones,
que lo que valen los pesos...
. . . .

D'estos y en amariyitas
traiba mi lagarto yeno
al volver de las esquilas
y de nada me sirvieron;
porque, al apretar la mano
de la chiruza e mis sueños,
vide que era otra sortija
la que yevaba en el dedo...
Y jue el campo pura tierra,
y se ñubló tuito el cielo,
y sentí juego en la boca,
y algo vacido en el pecho.
Y echando mano al cuchiyo
diba ya a pelarle el dedo,
cuando la miré en los ojos...
¡y dejé en su mano un beso!...
. . . .

Sé que no quiso a más naides,
pero yo, ni verla quiero...
¡Pa dir viviendo mi vida
me sobra con su recuerdo!

1922.

DEL PASAO

HORAS NEGRAS

¿Ve aqueyas paredes
de adobe, sin techo,
que al lao de un ombudo
lucen ayá lejos?
¿Las vido? Pues sepa
que aqueyo jue un tiempo
nidito de amores
de este gaucho viejo.
Pasaron los años
surcándome el cuero
como a tierra e chacras
el arao de acero.
Sobre mi cabeza
más de trainta inviernos
dejaron en hebras
la escarcha e sus hielos,
y aqueyas paredes
cuasi sin cimientos,
ni horcón, ni cumbrera,
ni marcos, ni techo,
entuavía empacadas
se rain del pampero...

Ansinita e firmes
y como eyas negros,
tamién del olvido
se rain mis recuerdos!
Prendida en la nuca
la mata e su pelo
con un manojito
de flores de ceibo;
caido hasta las corvas
y encrespao el resto
como crin de potro
que alborota el viento;
redamando gracia
por todito el cuerpo,
que tenía la blanda
suavidá del tiento,
cuando me miraron
sus ojazos negros
—por los que aún del luto
se visten mis sueños—
crei que por mi espalda
subía un hormiguero,
y que tuito el aire
se me iba del pecho...
¡Por qué jue conmigo
tan ingrato el cielo
cuando con un rayo
podía haberme muerto!...

Horas que volaron,
dichas que murieron,
amor del que a gatas
quedó otro recuerdo
que el galope loco
de un cabayo overo
y el grito e venganza
que auyaban mis celos;
aqueyas paredes
tuito eso sintieron
al cáer de una tarde
que olvidar no puedo.
Eyas y la virgen
que está arriba el cerro
vieron a mi china
cuando iba juyendo
enancada a un indio
de vincha y culero
que de su cariño
de juro era dueño...
También yo la vide
y, de rabia ciego,
tantié la cintura,
me ajusté el sombrero,
corrí ande pastaba
mi cabayo overo,
lo enfrené volando,
salté en él en pelos,
le apreté los lomos

con muslos de acero,
y salió aquel pingo
bebiendo los vientos
como si en sus carnes
se hincasen mis celos...

Sintiéndome cerca,
largó el indio al suelo
la prienda robada,
de juro creyendo
que pa mi venganza
me bastaba aqueyo,
y que más liviano
su flete azulejo
sacaría ventajas
a mi pobre overo,
que corriendo siempre,
corriendo, corriendo
como si en sus carnes
mordiesen mis celos,
diba ya tan cerca
del indio matrero,
que viendo era al ñudo
regatiar el cuero,
pronto pa peliarme
se dio contra el suelo.
Y ahi, no más, toparon
mi fierro y su fierro,
y ahi, no más, el taita,

más zonzo o más lerdo,
se ligó un "barbijo"
que andaba sin dueño,
y aflojó los brazos
y se vino al suelo.
Yo, al mirarlo caído
y viéndolo muerto,
pa que no se juese
mañië su azulejo,
y po'el alma el indio
recé un padre-nuestro
a esa hora en que el mundo
se queda en silencio.
. . . .
—¿Y eya? — De rodiyas,
pálida de miedo,
juntas las manitas
como un gesto e ruego,
cuando cerca suyo
sofrené mi overo,
y echando pie a tierra
la cacé del pelo,
dio un grito tan hondo
que áun lo estoy oyendo...
. . . .
Sin decir palabra
suspendí su cuerpo,
le escupí la boca
—nido en que sus besos

habian puesto un toldo"
del amor matrero—.
y fijos mis ojos
en sus ojos negros
—que nunca en la vida
golvería ya a verlos—
ahugao con la baba
dije: "Te los dejo,
te los dejo, china,
te los dejo abiertos,
aunque más no sea
pa que un poco e tiempo,
si no sos muy yegua,
lo yorés al muerto".

DEL FOGÓN

RECORDANDO

Era po' quí mesmito...
de aquel lao la manguera...,
el rancho... la cocina...
y ahura ¡ni güeyas quedan!
¡Ni raices del ombú que daba sombra
al palenque de troncos de palmera!

Ayí, de un tajo bárbaro
le abrí en dos la cabeza,
y, sin decir palabra,
dejó cáer la osamenta...
¡Y era gaucho guapazo el comisario,
y matador sin hiel, sigún las mentas!

Lo contaban ansina
cuasi tuitas las lenguas...
¡Pero de ande decirlo
las plateadas espuelas,
cuando ciego e coraje le hice frente
y le mandé un planchazo por la geta!
Traiba entuavía en los labios
los besos de mi prenda,
y iba a dirse orguyoso
de la gauchada aqueya...

¡Me acababa e robar lo que era mío
y se salía riyendo él muy trompeta!

Satisfación al ñudo
mientras que yo viviera;
risa que ahi no más iba
a ser como una mueca...
¡Una boca pa ráirse era muy poco,
y, a puñaladas, yo le abrí cuarenta!

Dentré... dormían mis hijos,
los besé cuasi a tientas,
y salí con el alma
como ahugada en tristezas,
y salí sin mirar, pa no apagarla,
a la que había sio luz de mi existencia.

Salí... Monté a cabayo
y enderecé a la sierra,
ande anida el carancho,
y los zorros acechan,
ande, haciendo de Juez, el espiniyo
lo desnuda al matrero, y lo atormenta.

Pajonales y montes,
y barrancas desiertas,
ande quiera era güeno
pa esconder la osamenta,
y, robada o e limosna, siempre hay tumba
pal que, a la ley juyendo, matrerea.

¡Cuántas veces, de noche,
cuando los tigres velan,
recostao contra un ceibo
pastoreaba mis penas,
y yoraba la ausencia de mis hijos,
pobres, tal vez, y abandonaos por eya!

De los años que se iban
no yevaba ni cuenta,
pero ya era yo viejo,
destabao y sin juerzas,
cuando al cáer de una tarde las barrancas
repitieron los ecos de la guerra.

Coroné la cuchiya,
y en el plan de la sierra
vide en columnas vivas
como grandes culebras
agitarse entre ponchos y entre lanzas
los invencibles gauchos de mi tierra.

¿Qué divisa yevaban?
¡Ni me fijé siquiera!
Sentí juego en los ojos,
respiré vida nueva,
y gozando el placer del entrevero,
enderecé al montón a media rienda.

Tuitos éramos unos,
y en rabiosas peleas

empapamos en sangre
la idolatrada tierra,
hasta que un dia, acomodaos los grandes,
de la patria infeliz tuvieron pena.

Se hizo la paz: los gauchos
pa sus ranchos rumbean,
como vine a los míos
pa no hayar ni taperas;
pa no gozar la paz, porque me falta
el amor de mis hijos... *¡y el de aqueya!*

DIALOGO

—Pos Juan, güeno es que sepas que la moza
anda la probe en un estao de lástima,
y si no le jicieron algún daño
debe tener la paletiya caida.
Dende que sale el sol hasta que dentra
se lo pasa yorando la esdichada,
y tanto lagrimiar, pa lo que entiendo,
daño tiene que ser u cosa mala.
Pa mejor, se ha escompuesto del estógamo
que no le para drento ni pan ni agua,
y cas de tu compadre el otro dia
dijoles, lloriquiando, a las muchachas,
que se le hinchan las piernas y los pieses
y el apetito de comer le falta...
—Pos mujer, con llevarla a ver al méico
u mercar una vela pa las ánimas...
—Mira, Juan, es mejor un curandero:
los dotores no entienden una papa
de dolencias de mozas, y si es daño,
pa mi gusto va a haber que santiguasla...
—¿Y el mozo?
—¿Quién? ¿Andrés? ¡Ve tú a sabeslo!:
que no luce po'aquí va en tres semanas,
y el muy jijo de perra anda chaslando
que lo que es por este año no se casa...

. . . .
. . . .

—Mujer: ¿y el santiguao?...
—Vete al jinojo:
güen santiguao te jechas sobre el alma
con esa...
—¿Pos qué pasa?
—¿Y no lo sabes?
¿Pa qué tienes los ojos en la cara?
Pos tuito lo del daño, y del mal de ojo,
el lloriquear, la paletilla caida
y el jincharse las piernas y los pieses...
resultó... lo que yo me maliciaba.
Que el mozo...
—¡Ve María! ¿Esa nos jizo?
¡Jija de la gran perra!...
—¡Muchas gracias!

¡ADIOSITO!

¡Qué la lambió a la creciente!
¡De ande yesca ni tabaco!
Tuito se jue con el saco
que me yevó la corriente.
Me dormí, y un redepente
cuasi me tapó la olada;
enderecé a la ramada,
y cuando alcancé a montarlo,
ya a mi overito po'el marlo
le daba la marejada.

Al perder pie perdió el tino,
pero lo tantié en el freno,
y ahi, no más, nadó sereno
como tordiyo sabino.
Yo no sé ni po'ande vino;
pero le juro, aparcero,
que no le falta a mi overo
más que hablar como la gente,
pa ser tan inteligente
como cualisquier pueblero.

¡Viera qué noche! Yovía
como no he visto yover,
y, pa mejor, sin saber
ni pa que lao rumbiaría,

tuita agua lo que se vía
cuando el rayo viboreaba. . .
Pero, amigo, cuando acaba
del cristiano la alvertencia,
al pingo áun le sobra cencia
pa no echar. . . lo que la taba.

Naides por eso se ofenda,
porque yo les asiguro
que me ahugo en aquel apuro
si no le largo la rienda;
pa mí en el agua no hay senda,
pero la hubo pá mi overo,
que aquí quiero, aquí no quiero,
po'el olor de la gramiya
coligió ande era la oriya
y me puso a salvo el cuero.

Y ¿pa qué? —digo yo ahora—.
¿Pa vivir siempre penando?
Fijesé ande anda boyando
de mi rancho la totora;
la correntada traidora
le yevó sin compasión
las paredes de terrón
que eran pa mí como un nido
por la esperanza tejido
con plumones de ilusión.

¡Ojalá que mi tapera,
solitaria en la yanura.

hubiera hayao sepoltura
antes que en ruinas la viera.
Ayí moriría siquiera
a mi guitarra abrazao,
y sobre el duro recao
descansando la cabeza,
por fin mi eterna tristeza
conmigo se hubiera ahugao!

Pero no, que mi dolor,
amigo que no me olvida,
es como herencia querida
de mi infortunao amor.
Ahura viviré mejor:
porque, ¿pa qué quiere nido
el pájaro que ya vido
que cuando se anda en la mala,
al ñudo es tender el ala
y asujetar el volido?

A la miér. . .coles, me voy
y que me ayude Mandinga
a ladiarle a la jeringa
lo que le he mezquinao hoy. . .
Dende ahura a mis pagos doy
dolorosa despedida,
y pa sacarle a mi vida
una nadita e su peso,
le dejo el alma y un beso
a mi guitarra querida.

VIDALITAS

No hay cielo más lindo,
    Vidalita,
que el cielo uruguayo;
ni sol más hermoso,
    Vidalita,
que mi sol de Mayo.

Cielo y sol unidos,
    Vidalita,
van en mi bandera;
que ella me amortaje,
    Vidalita,
cuando yo me muera.

Es la patria mía,
    Vidalita,
de Dios el hechizo.
Y aunque muy pequeña,
    Vidalita,
todo un paraíso.

En lomas y valles,
    Vidalita,
sierras y llanuras,

doquier se respiran,
      Vidalita,
las auras más puras.

Himnos nunca oídos,
      Vidalita,
cantan sus boscajes,
que pueblan las aves,
      Vidalita,
de ricos plumajes.

De entre el trébol surgen,
      Vidalita,
las flores más gayas,
que adornan las trenzas,
      Vidalita,
de las uruguayas.

Mi patria y la gloria,
      Vidalita,
se hicieron amigas:
porque fue esta tierra,
      Vidalita,
la cuna de Artigas.

DEL NATURAL

Quemaba el sol; ardía el espartiyo
en la inmensa yanura como yesca,
y él, tendido a lo largo en el apero,
sestiaba en la glorieta.

Tenía de un lao una boteya e caña
recostada a las botas con espuelas,
y el de apala arroyao a la cintura
como pa que el facón no se le viera.

Adentro, con los ojos soñolientos,
descansando la frente entre las rejas,
el pulpero —un nación entuavía mozo—
miraba al gaucho y se sonreía a medias.

Redepente una gringa petizona,
relinchando al hablar, como una yegua,
en la idioma d'entrambos al pulpero
no sé que chisme le sopló a la oreja.

Dejuro una diablura, porque el gringo,
sacudiendo de pronto la soñera,
sacó de una tinaja un jarro de agua
y al que dormia lo roció con eya.

Enderezóse el gaucho despacito
como quien, satisfecho, se dispierta;
calzó las botas, ensiyó el matungo,
e indiferente se acercó a la reja.

Tras eya el matrimonio, aparentando
la mesma indiferencia,
comentaba el calor de aquel verano
y los perjuicios que iba a tráer la seca...

Terció el gaucho en la charla, asegurando
que iba a yover aqueya noche mesma,
—y pidiendo una copa p'al estribo
como quien de un olvido se da cuenta—.

le preguntó al nación si no había visto
cruzar un mancarrón de tales señas...
"cuya marca"... Y sacó pa dibujarla
el filoso facón... La gringa autera

con grandes ojos de ternera guacha,
pegada a su hombre, se acercó a la reja...
La vido el gaucho; y como tigre de ágil
la cazó de las greñas.

Partió de un tajo la nariz del gringo,
—que se jue contra un banco de cabeza—
y a la mujer, por el espanto muda,
le escupió por la geta,

diciéndole entre grandes carcajadas:
—Tomá, pa que apriendás... hija de yegua,
que los hijos del país no semos postes
pa que nos meen mamporras de otras tierras".
. . . .
. . . .

Y enderezó p'al monte al trotecito,
el gacho echao p'atrás, la frente enhiesta,
a esa hora en que los pastos se reaniman...
y las torcazas los cardales dejan.
. . . .

SOFRENAZO

A mi querido amigo Alberto Zipitria.

¡Adiosito, flor de yuyo
pero de yuyo oloroso,
pa que usté lo yame suyo
la va siguiendo un güen mozo!

¡Pucha, si es como culebra
pa ondular cuando camina!...
La vi hacer feliz, mi china,
si el palito no se quiebra.

¿Qué no contesta, ¡Mejor!
¿Si sabrá ya este budín
que a mí me gusta el picor
de la pulpa el macachín?

Dése güelta, mi chiruza,
muestre la gloria e su cara;
¡no se diga que dispara
lo mesmo que la ola rusa!

¿Que hay por medio un compromisio?
Pues sepan sus excelencias
que la sigo... como al vicio,
sin medir las consecuencias.

¡Eche y que no se redame
la chirucita macuca
con un rulito en la nuca
que va diciendo: "besáme!".

¿Quiere que yame un *chofer*
que es amigo y es muy cauto,
y nos damos el placer
de irnos de garufa en auto?

¡Qué busto pa una caricia
al blando rodar del coche!...
¡Y que han ca... ñoneao anoche
los ravioles a Gorizia!...

—¿Quiere no ser imprudente?
¿Quiere dejar de ser chaucho?
—¡Que la parió a la creciente,
que casi me yeva el rancho!...

COMO EL CANGREJO

Y bien echao p'atrás; bien en la nuca,
pa que tuitos me vean,
pa que tuitos se enteren que no tengo
de qué tener vergüenza;
Dios me hizo ansina, viejo,
y ansina he de seguir hasta que muera;
beyaco p'al recau, negao al freno,
arisco pa dentrar ande otros dentran.
¿Que maté? ¿Que jui preso? ¿Que a gatitas
me escapé de echar raices en la celda?
¿Y de ahi? Si a mano viene ahura mesmito
canto flor otra güelta,
y otra güelta me enriedo con los jueces
y les juego risitas a las penas.
Todo está en que lo *estijan*
mi china o mi opinión, cualquiera d'eyas,
cualquiera d'eyas, viejo.
Porque sigo a las dos como un sotreta;
porque doy por las dos si yega el caso
la sangre de mis venas...
¿Que soy gaucho atrasao, fruto amargoso
madurao a la sombra e las taperas,
charamusca en la hoguera de los odios
que abrasan esta tierra?
¿Que le juyo al sobeo de eso que yaman

progreso, y luz, y cencia,
y voy siempre p'atrás como el cangrejo,
resucitando vinchas y melenas,
como dijo el Fiscal el día e la vista
pa encajarme diez años de condena?...
¡Y qué hacerle al dolor si soy ansina
y ansinita he de ser hasta que muera!...
¡Ah hij'una! P'al que mata engüelto en sombras,
seguro y a traición, no ha e tener lengua,
y la tuvo pa mí, que herí de frente
y maté en güena lay, en cancha abierta,
y, antes de darle al fierro,
pedí al taita respeto pa mis creencias,
respeto p'al color de mi divisa
que es mi más grande amor sobre la tierra,
porque habla al corazón de sacrificios,
y con las glorias de la Patria sueña,
porque tiene el perfume e las cuchiyas,
y el entusiasta ardor de las pelcas,
y se enrieda en las cuerdas en que vibran
mis tristes y mis décimas,
y la yeva la china que yo adoro
prendidita en la trenza!
¿Que es esto dir p'atrás como el cangrejo,
resucitando vinchas y melenas,
como dijo el Fiscal el día e la vista
pa encajarme diez años de condena?
¡Y qué hacerle al dolor si soy ansina
y ansinita he de seguir hasta que muera!

¡NI CARRERA!

—Pu... cha, viejo; ¡hasta cuándo ha e tomar mate!
—¡Hasta que dure este cabito e vela,
y quede en el jogón un rescoldito,
y haiga unas gotas de agua en la caldera!

Dejáme tomar mate, mi chiruzo;
vos sabés que el amargo de la yerba
es el perro ovejero que me sirve
pa enchiquerar las penas...

Matiando ansina, bajo el techo e paja
de mis viejas taperas,
se me hace que no siento el reumatismo,
que me envara las piernas.

Dejáme tomar mate,
y contáme qué es eso e las riberas
de que hablaba el patrón con el pueblero
la otra mañana al comenzar la hierra.

—¡Nada, en gracia de Dios! Que los porteños
no nos dejan del Plata ni la arena,
y anda un diario pagao por don Zebayos
mojándonos la oreja...

—Güeno, alcanzá ese pucho,
y decile a ese zonzo que no j. . .ieda:
que el río, es de porteños y orientales,
con tal de que sea a medias.

—¡Malhaya juese ansina; pero, ¡ah, viejo!
el que tiene la juerza. . .
—¡Qué juerza, ni qué Cristo! ¿Tenés miedo?
¡Avisá si sos hembra!

¡La juerza! Andá, chiruzo: andáte a Minas,
la suidá de las sierras;
y al taita que en la plaza monta un pingo,
que ha de ser como luz cuando atropeya,

contále eso que dicen los porteños;
que aunque él, por ser de bronce, no contesta,
con ver cómo se afirma en los estribos,
te vas a convencer que. . . ¡ni carrera!. . .

..."NO HAY BICHO COMO EL PELUDO"

Gracias, viejo; su saludo
jue como linda promesa
de que el año que ahura empieza
no ha de ser pa mí muy rudo.
En el pasao soñé al ñudo
y esperé al santo botón,
coligiendo, en conclusión,
que pa este gaucho, en el mundo
sólo hubo un querer projundo:
el de su overo rabón.

¡Como ésta es luz! No lo asombre,
porque jue errao el bautismo
que no le puso "egoismo"
a lo que decimos "hombre".
De todas suertes el nombre
nada más, pa mi gusto, es
que la marca que a la res
se le acomoda en el cuero
pa evitar el entrevero
o reclamarla dispués.

Sólo la necesidá,
como pa darnos costeo,
sabe traernos al rodeo

del pueblo o de la suidá;
pero fíjese y verá
que, si medio pelechamos,
ya pa dir remoliniamos,
y, de tamberos que juimos,
nos volvemos puros mimos,
y, a lo mejor, beyaquiamos.

Larga usté su corazón
como a pastorear quereres,
y a él se vienen las mujeres
como gaucho al cimarrón;
pero ¡ay! el ganao rabón
que fácilmente s'embreta,
cuando usté medio lo apreta
teniéndole fe al siñuelo,
lo deja... mirando al cielo
y con un geme de geta.

Jue, tal vez, viejo, por eso
que pidió usté pa este tordo
cimarrón, churrasco gordo
y en el tirador un peso.
Bastante es, se lo confieso,
pero olvidó la limeta,
sin reflexionar, que el pueta
que aguaitó amores al ñudo,
se le acomoda a un peludo
como mamón a la teta.

Giñebra o caña, es igual;
¡que no nieguen su calor
al que en las hierras de amor
no pudo acertar un pial!
¡Sean eyas el manantial
de su pobre inspiración,
y de la guitarra al son
en vidalitas y cielos
ahuguen tuitos los anhelos
que áun yeva en el corazón!

P'al dolor no hay melecina
como un peludo de vino;
bien haiga el gringo ladino
que inventó la chupandina;
dejuro que alguna china,
lo había como aporriao,
y al encontrarse burlao
se le acomodó al fermento,
y probó que no hay contento
como el del hombre mamao.

¡Y es verdá! En la borrachera,
si el peludo es medio juerte,
no hay taba que nó eche suerte
ni mujer que no nos quiera.
Sobre cualisquier bajera
se duerme de lo mejor,
mientras del cielo al fulgor

van con sus ansias bagualas
desenturmiando las alas
tuitos los sueños de amor.

Ni queriendo s'erra un pial,
y parece que van solas
a acoyararse las bolas
de las patas del bagual,
se le apreta entre el corral
la cincha al potro más crudo,
y, aunque beyaquee, es al ñudo,
porque está más que probao,
que p'agarrarse al recao,
no hay bicho como el peludo.

La caña es como el reclamo
despertador de ilusiones...
Por eso yo, en ocasiones
hasta de gusto me mamo;
mamao, la china a quien amo
s'entriega mansa a mi amor,
eya, que es puro rigor,
eya, que de orguyo se hincha
cuando me arrastra a la cincha
de su desdén matador.

Debilidá sin razón
en quien no mezquina el cuero
pa que se lo hagan harnero

con la punta del facón;
pero es ansi el corazón;
sin hiel pa saber morir,
y cobarde pa sufrir
el desdén de una mujer,
que no supo comprender
su enamorado latir...

Güeno, viejo, si pa mi
a Dios otra vez le pide,
le encargo que no se olvide
de la caña "Paratí";
que yo tamién dende aquí,
si el "trancazo" lo permite,
al cielo le haré un envite
pa que largue de a poquito
sobre su rancho bendito
lo que usté más necesite.

CANTA LA NOCHE

Sobre la cabezada del lomiyo
que luce en oro de su dueño el nombre,
como cansao de asujetar las riendas
se apoya el brazo convidando al trote.
Obedece el overo,
que sabe ya que al comenzar la noche
la inquietú de su dueño se adormece
como en agua e laguna el camalote,
y, pisando a gatitas la gramiya,
va saliendo del monte
pa rumbiar por la costa e la cañada
buscando un rancho a que da sombra un molle.
Dobla el jinete el poncho sobre el hombro,
y pa que al viento su melena flote
echa a la nuca el gacho y para el oído,
y se agacha pa ver el horizonte...
No se mueve ni un pasto; en la yanura
ni el tero ni el chajá sienten el trote
del overo que sabe, como su amo,
que hay que juir de la luz y de los hombres...
. . . .
En la puerta del rancho
a que da sombra un molle,
una china hechicera espera a un gaucho,
y un poema de amor canta la noche.

Aunque sea zoncera,
pensé yo por dentro:
¡quién sabe si estos bichos no sufren de amores
y, como al cristiano, lo matan los celos!...

Y viendo en tropiya
venir mis recuerdos,
le hice unas caricias y, dende esa tarde,
pa los dos alcanza mi pan y mi techo.

Mientras tomo mate
s'echa cerca el juego,
y cuando al dormirse siento que soyoza
como si al pasado lo golviese el sueño,

se enrieda en la trenza
de mis pensamientos
este tiento, suave de tanto sobarlo:
"Mujeres y perras... tuitas son lo mesmo".

Tala, Setiembre de 1918.

MISTERIO

Era memoria linda
la memoria del viejo
pa contar sucedidos
de quién sabe qué tiempo,
mientras corría el cimarrón la rueda
y se enredaba en el ombú el pampero.

Pero había que amañarlo
p'arrancarlo al silencio
si le araba la frente
con sus rejas el ceño,
y en el oscuro espejo e las pupilas
encendían su luz ciertos recuerdos.

Porque entonce en sus labios,
temblequiantes y secos,
beyaquiaba el rezongo
como potro mañero,
y de un costao al otro de la boca
tranquiaba el pucho de tabaco negro.

A ocasiones él solo
comenzaba los cuentos
que el gauchaje del pago
recogía en silencio,

viendo resucitar, como a un conjuro,
la atormentada juventú del viejo.

Gurí en la guerra grande,
mozo cuando Quinteros,
soldao en la el Quebracho,
y herido en la del Cerro,
ande un candiyo levantaba el poncho,
ayí estaba él apeligrando el cuero.

Eran de ver sus ojos
medio acosaos del sueño
arder como las brasas
del tizón trasfoguero,
cuando echando a la nuca el "borsalino"
les contaba e peleas y entreveros.

Los gurises, al óirlo,
silenciosos y trémulos,
sentían por las venas
correrles como un juego
la alborotada sangre de la raza,
y el fin pedían de la historia al viejo.

Pero caiban las chinas
curiosiando el respeto
con que los gauchos óian
las locuras del cuento,
y, sin saber por qué, sobre los párpados
del viejo historiador se echaba el sueño.

Y sus labios, contraídos
por un gesto e despecho,
hablaban de una trenza
cortada rente al cuero,
y de un amor infortunao y triste,
y de un desdén inexplicable y terco.

Junio de 1919.

LA MONTONERA

Y lo juimos no más, cuanto las sombras
s'echaron sobre el lomo e las cuchiyas,
y en las barrancas —consulao del gaucho—
entre juncos y entre chilcas,
ande con más amor trenzan sus gajos
moyes y coroniyas,
hoscos y desconfiaos —como matreros
que juyendo a la ley pasan la vida,—
comenzamos ricién a relincharnos
a los claros del dia.
¡Como p'hacerse el lerdo era la cosa!...
Sintiendo el pororó de las tropiyas,
rumbo al cuartel, a lo que dan las tabas,
la indiada pasó arisca...,
Con el freno en la mano
y arroyao el apero entre la cincha,
cuando la noche me alcanzó su poncho
enderecé pa la isla,
y a pata......cón por cuadra gané el monte,
reventao de sudor y de fatiga;
pero ya estaba salvo, ya el segundo,
—un pueblero e bombiya,
mas "cosario" y más maula el hijo e p...erra
que la que lo hamacó cuando botija—
al yegar a mi rancho
pa emparejarme el lomo a la barriga.

—porque le oyó una vez a un *mataperros*
compararlo al del cerro de Arequita—
me habría pu...ntiao hasta quedarse ronco,
medio ahugao con la hiel de la saliva.
¡Pu...cha, gusto machazo
saber que hemos burlao la Polecía,
y que tuito lo que hay va a ser de todos
cuando briye una lanza en las cuchiyas!...
Y ¡ahi no más relumbró! La traiba un mozo
de melena y de vincha,
que, apiándose del pingo que montaba,
se acomodó en el gacho una divisa,
y convidó a la indiada:
"Los que sean d'este pelo que me sigan".
Y del pelo era yo, y éramos todos,
y sin saber ni preguntar qué había
—porque p'al crioyo altivo no hay siñuelo
como el siñuelo de arriesgar la vida—
de debajo del poncho jue sacando
cada gaucho una cinta,
que besaba al ponerla en el sombrero
como si juese el trapo una reliquia...
¡Sólo en el pobre mío
la partidaria enseña no lucía,
sólo pa mí no habían bordao leyenda
las delicadas manos de una china,
aunque el nombre de aquella q'aun adoro
en mi labio, al morir, floreceria!!...
....

¡PROGRESO!

Sírvame otra copita
p'al estribo, pulpero,
ahura que en la glorieta
quedó solo este viejo
y anda el juego e la caña po'el altiyo
que no deja sin luz ni un recoveco.

Usté sabe, de juro,
que ocasiones m'empedo,
pero no ha de haber óido
que haiga estao nunca preso,
porque no es el escándalo mamarse
sino el darle soltura a la sin güeso.

Por lo menos, ansina
me lo dijo el sargento,
que tamién, y no al ñudo,
lo apeyidan Mamerto,
porque mira al sisnapis con más ganas
que a un pedazo de tumba un perro hambriento.

Muchos son los que dicen
que la caña es veneno,
pero yo le asiguro
que es la madre e los sueños,

y que sólo al calor de sus caricias
el atao de los años pesa menos.

Puede ser que a los mozos
les suleve los sesos,
despertando en la sangre
la locura e los celos,
pero pa un viejo destabao y al pe. . .pe
con hacerlo olvidar le da consuelo.

Y olvidar lo que nunca
golverá, es lo que quiero,
y no ver ni un poquito
lo que pasa ahura mesmo;
porque, amigo, será lo que usté quiera,
pero a mí me hace roncha eso el progreso.

Los noviyos sin guampas,
los matungos entecos,
puras ubres las vacas
y arrugaos los carneros,
¡y, en vez de chiripá y bota de potro,
pantalones de embudo los troperos!

¿Y las bolas de en'antes?
¿Y el sobeo a los tientos?
Y ¿pa qué? si los toros
no se mueven de yenos.
¡Y los yeban gurises de la trompa,
como el turco a los osos en mi tiempo!

Vaya, no más, si gusta
a ver eso el torneo,
y verá como apartan
la hacienda, sin siñuelo,
mocitos de botín y de polaina
que se tocan con gorra o con chambergo.

¿Chinas? Las que con flores
se adornaban el pelo,
las de las trenzas sueltas
andan hoy de sombrero,
con la poyera e seda a media pierna,
y la blusita e boal a medio seno...

Sirvamé otra copita
que áun no estoy bien en pedo,
y dispués que me duerma
no me yame, aparcero,
hasta que no clausuren lo 'e la feria
y se vaya a la pu...cha el tal torneo.

RESIGNACIÓN

La adoré y era mujer
que, en sus viarazas de amor,
hizo a los celos arder
sobre mis sueños en flor.

Quise odiarla, y jue pa pior,
porque me costó aprender
que no hay dolor más dolor
que el dolor de no querer...

Si ya no la he de olvidar
y no me arroyo al sufrir,
¡qué otra cosa vi'anhelar
que una achura pa vivir,
su recuerdo pa soñar,
y un ranchito ande morir!

1918.

¡COMO TODAS!

¡Oigaló la moza! ¿Yorás porque el gaucho
se jue pa los pagos de ande no se güelve,
y has quedao solita como oveja guacha
que no tiene un perro que por eya vele?...

No siento tu pena que ha de ser fingida,
siento la del triste que se jue pa siempre
si se le hizo cierto que vos lo querías,
y que en sus pupilas era él solo a verse.

Porque si jue ausina, cuando hasta su fosa
de tus risas locas los ecos le yeguen,
y sienta que el hielo de tu olvido infame
más frío es que el hielo de la mesma muerte;

y sepa por boca de alguna luz mala
que ya andás buscando que alguien te consuele,
pa tenerlo e Cristo como a él lo has tenido,
haciendo lo que hacen tuitas las mujeres,

al verse entre el hoyo mañiao y sin daga,
sin poder yamarte y anhelando al pepe
la luz de unos ojos pa sus ojos ciegos,
y el calor de un seno pa su helada frente,

¡sentirá la rabia desatada y loca
del bagual arisco sujeto al palenque
cuando las cacharpas le aprietan el lomo
y ni la manea ñi el bozal se ruempen!

. . . .

. . . .

¡no tengo a tu pena ni un poquito e lástima,
siento la del gaucho que se jue pa siempre,
porque sé lo triste que es hayarse solo
cuando se ha querido como el gaucho quiere!

1920.

EL "NO SÉ QUÉ"

No hay güelta que darle, hermano,
nace el gaucho pa ser güeno,
y, a lo mejor, es veneno
l'agua que lo hace cristiano.
Tuvo pa mí mala mano
el que me puso la sal,
porque es sino tan bagual
el que rumbo me señala,
que p'andar siempre en la mala
tengo una suerte especial.

Ricién me apuntaba el bozo
cuando me jui a unas carreras,
y' de güenas a primeras,
me armó ayí camorra un mozo.
El gaucho, de fama ansioso,
echó el resto en la partida;
pero al tráerme la envestida
¡Dios lo perdone al paisano!
a mí se me jue la mano,
y a él se le escapó la vida.

Arremolinió el gauchaje,
se desmayó el mujerío,
y yo, viendo cerca el río,
pa sus montes armé viaje.

Tantié en el freno al coraje,
y, viendo que me sobraba,
grité con voz que me ahugaba:
"Al que me cobre esa muerte
lo vi'hacer pitar del juerte
si no echa aqueyo mi taba".

Y ahi tiene a un crioyo, aparcero,
que, inocente y sin malicia,
pa no ver con la Justicia
se dio a la vida e matreto.
No jué por amor al cuero
sino por la dinidá;
porque ¿a dónde un crioyo irá
que respeto se le guarde,
si saben que por cobarde
se entregó a la autoridá?

¡Pucha y qué vida aporreada
la de andar como avestruz
gambetiándole a la luz
pa no cäer en la voltiada!
Suerte que la gente honrada
con tuita delicadeza
da al gaucho por su guapeza,
no sin miles sacrificios,
como pa engañar los vicios
y enerpiarle a la pobreza.

Y no falta un corazón
que apenao de su abandono
le pida al del gaucho un trono
pa gozar su adoración.
Nació ansina esta pasión
que es áun mi ansia más querida,
se abrió ansinita esta herida
que no ha e cerrarse más nunca,
y que ya pa siempre trunca
dejó la dicha e mi vida.

Jueron unos ojos magos
que a la claridá e la luna
cerquita de una laguna
me brindaban sus halagos;
ojos pa mi suerte aciagos,
que domando mi altivez,
me hicieron poco dispués
sentir la necesidá
de alcanzar mi libertá
pa esclavizarme otra vez.

Era en una islita e talas
ande, al cáer las tardecitas,
como casal de zuritas
arroyábamos las alas.
Yenaba amor con sus galas
de dulce encanto las horas
que, a nuestra dicha traidoras,

por odio al nocturno luto
maniaban en un minuto
las tardes con las auroras.

En la isla, ayudao por Dios,
y con la maña el carancho,
tejí con fagina un rancho
pa vivir en él los dos.
Dispués, diendo ciego en pos
de más segura alegría,
fiao en que eya me quería
y serme fiel me juraba,
como quien tira a la taba
me entregué a la Polecía.

Y ahi, no más, vino el sumario,
y el entrevero e papeles
acoyarao con las hieles
del preguntadero diario.
Como cuentas de un rosario
po'entre dudas y reveses
jueron pasando los meses
sin tráerme ni una esperanza,
que el dolor del reo no alcanza
la compasión de los Jueces.

Eya, mi única pasión,
¡pobre cachirlita viuda!
yevaba a mi celda muda

cada día una ilusión.
Pero faltó una ocasión,
aqueya en que redepente
dentró a decirme un teniente
que mi causa se cerraba
porque el Juez me declaraba
asuelto por inocente.

Me vide libre y volé
ande me esperaba el nido,
pero yevando prendido
en el alma un "no sé qué".
Ahugao a la isla yegué,
y... ¡ah, malhaya su falsía!
el "no sé qué" jue que había
de encontrar mi rancho solo
como nidito e chingolo
dispués de volar la cría.

1921.

Las avispas del deseo
son —al verte ráir— felices,
porque roban a tu boca
la miel pa sus camoatises.

Pa saber si te he querido
vení a verme lo que muera,
y cambiando en mis pupilas
verás tu retrato en eyas.

Perezosos son mis ojos
pa abrirse cuando estás lejos,
porque te encuentran cerquita
con sólo mirar pa dentro.

Cuando oigás que estoy muriendo
por compasión vení a verme;
porque estando vos conmigo
no he de ver yegar la muerte.

Era rumbiar pa tu rancho
y alegrarse mi overito,
¿por qué será que hoy se empaca
y no va si no lo hostigo?

Me engañastes y juré
odiarte dende aquel día;
pero el querer es mañero
y yo te quiero entuavía.

EL SECRETO E LA VIDA

Alcance el frasco, aparcero,
tengo el pecho como fragua,
y sin algún entrevero
no puedo tomar el agua.

Salida del manantial
hay quien asigura que
si se está muriendo e sé
la toma algún animal;

pero un gaucho, aunque sea pobre,
si la sé no se lo achura,
sólo no teniendo un cobre
la mandará al buche pura.

Porque hasta caida e los cielos
precisa, pa que aproveche,
o quebrarla con la leche
o hacer de eya caramelos.

Dios mesmo dijo al probarla
hayándola desabrida:
"Pu... cha, pa poder tomarla
vi'a inventar otra bebida".

Y ahí no más dándose maña,
según lo dice su historia,
con una gotita e gloria
hizo al ratito la caña.

¡La caña! Pa este cantor,
que se lambe por lo güeno,
la caña es como el amor
de que nunca se ve yeno.

Feliz quien de amor se cebe
si no le es la suerte huraña...
¡Más se apetece la caña
cuanti más caña se bebe!

Por eso el gaucho no yerra
si ama y se da a la bebida,
que en chupar y amar se encierra
tuito el secreto e la vida;

y pa cuerpiarle al rigor
de la suerte, no hay hazaña
como mamarse con caña,
o emborracharse de amor.

1922.

DE MÁS ADENTRO

Ni me nuembre la guitarra que jue un tiempo mi alegría
y hoy ni un poco de consuelo me le brinda al corazón;
dejelá, no más, que duerma silenciosa, y triste, y fría,
como tumba en que encerrada tengo mi última ilusión.

Hace mucho que no quiere las caricias de mi mano,
hace mucho que no escucha los soyozos de mi amor:
hace mucho que sus cuerdas como en cepo colombiano
estaquean las canciones que endulzaban mi dolor.

Aprendió de mi chiruza los desdenes matadores,
se amigó con mi destino pa gozarse en verme dir,
cabrestiando de la cincha de los únicos amores
que, aun matándome, en mí alientan el anhelo de vivir.

Del amor que como un juego va quemándome las venas,
y que nunca, ni aun en sueños he de verlo florecer,
y de otro amor hermoso que las odia a las cadenas,
y que pide sacrificios, y que *esije* hondo querer.

Dejelá, no más, colgada del horcón de la cumbrera
a la que ahura con mis penas se complace en ser crüel,
a la prienda que jue un tiempo como el sol de mi tapera
camoatí en que mis canciones iban a beber la miel.

¡Con decir que pa darle toda el alma
hasta el cariño le perdí a mi overo,
y por pensar en eya, en eya siempre,
ni de mi madre, casi, ya me acuerdo!...
Y ¿pa qué? Pa que luego eya me juya
y se raiga de mí con sus desprecios...
Pero hoy... hoy, ¡ni que ver! si no me atiende
me la cazo del pelo,
a filo de facón corto la trenza
y se la priendo al marlo de mi overo!

SIEMPRE LO MESMO

¿Que cante?... Puntiá, chiruza,
puntiá un triste, y va a ser robo,
que pa hamacarte en un trovo,
vos mesma serás mi musa;
la *otra* de juro se escusa,
y es igual... seguí templando,
mientras yo vi acorralando
en el brete del olvido
zonceras que no he podido
de mi memoria ir borrando.

Con tu guitarra, eso sí;
¿con la mía? ¡Ni se te haga!
¿No ves que en sus cuerdas vaga
un último adiós que di?
—Dejála solita ayí,
no la toqués, tentadora,
porque en su caja sonora,
amontonaos y dormidos,
yacen recuerdos queridos
de los que áun el alma yora.

Sus desprecios, sus enojos,
sus sonrisas, sus rencores,
los besos abrasadores
de sus lindos labios rojos,

la luz de sus magos ojos
todo lo guardo yo ayí,
¡pucha!, y degraciao de mi
si alguien sus cuerdas tocara...
si aqueyo se dispertara...
tú mesma juirías de aquí.

Dejála... Así está el pasao
con sus brumas y sus nieblas,
y aquí tú, china, que pueblas
de luz mi rancho olvidao;
ayí lo que yo he deseao
con insensata pasión,
lo que amó mi corazón,
lo que jue mi desventura,
y aquí tú, cuya ternura
es ya mi última ilusión.

¿Lo ves? ¡Si tengo pa mí
que hasta el sol se entra más ancho
por la puerta de mi rancho
dende que te vido aquí!
Que más dulce el camoatí
que cuelga de la solera
por tu boquita hechicera
sus ricas mieles reclama,
y la calandria te yama
del ombú de la tranquera...

Tocá; las cuerdas están
esperando a que las hiera

esa manita hechicera
que es racimo de arrayán;
sus notas endulzarán,
por milagrosa virtú,
la canción que has de oír tú,
y que sin eyas, por mía,
más venenosa sería
que la fruta del tuyú.

Tocá, chiruza, tocá,
mientras yo alegro los ojos
viendo tus labios más rojos
que penacho e zucará;
este instante aprovechá
de pasajera alegría,
sueño de mi fantasía
que despertó al ver tus galas,
y que arroyará las alas,
cuando a morir vaya el día.

¿Por qué me decís que no?
¡Ah, sí, mi risa te asombra!...
Tenés razón, dan pior sombra
las penas que el viraró...
¿Que pa mí todo acabó,
pensás tú? Yo lo adivino.
¡Qué querés! Tiene el destino
como el tigre dura garra...
Dejá, dejá la guitarra
y alcanzáme, china, el vino.

LA GÜEYA

Pulpero, eche caña,
caña de la güena,
yene hasta los topes ese vaso grande.
No ande con miserias.

Tengo como un juego
la boca de seca,
y en el tragadero tengo como un ñudo,
que me ahuga y me apreta.

Déme esa guitarra...
¡Quién sabe sus cuerdas
no me dicen algo que me dé coraje
pa echar esto ajuera!...

Hoy de madrugada
yegué a mis taperas,
y oservé en el pasto mojao po'el sereno
yo no sé qué güeyas...

Tal vez de algún perro...
Pero, ¡de ande yerba!
si al lao de mi rancho no tengo chiquero,
ni en mi casa hay perra...

Dentré, y a mi china
la encontré dispierta...
Pulpero, eche caña, que tengo la boca
lo mesmo que yesca...

Yo tengo, pulpero,
pa que usté lo sepa,
la moza más linda que han visto los ojos
en tuita la tierra.

Con eya mi rancho
ni al cielo envidea...
Pero eche otro vaso pa ver si me olvido,
que he visto una güeya...

ENTRE VIEJOS

Al viejo Calixto El Ñato.

Con el sombrero en la mano
y la frente medio gacha,
porque conozco la hilacha
de su numen soberano,
vi'a confesarle, paisano,
que si me atrevo a payar,
es no más que pa encelar
al ave que en su garganta,
me entusiasma cuando canta
cual naides sabe cantar.

¡Ah, viejo! si para mí
entre sus labios sin hiel
las avispas p'hacer miel
colgaron un camoatí,
no de balde canta así
quien por los años vividos
debia de dar perdidos
el oido y la inspiración,
priendas que, de juro, son
pa gauchos ayer nacidos.

Musa linda de adeveras
la que nunca se envejece;
güen rosal el que florece
en tuitas las primaveras;
güen palo el de las cumbreras
que, burlando los rigores
de los inviernos traidores,
ha visto en muy largas horas
renovarse las totoras
y morir los quinchadores.

De fijo cuando domaba
sabía elegir por la hebra,
y a la que era medio quiebra
despacito la lidiaba.
Bien se ve que jue su taba
de las que siempre echan suerte,
eso cualquiera lo alvierte
al óir, viejo, su guitarra,
a la que entuavía se agarra,
la pasión con ñudo juerte.

Yo, aunque no jui domador,
a alguna que era ariscona
la golpié con la carona
hasta sacarle el temblor;
yo, con bozal potriador
de cuero como garrote,
le hice bajar el cogote

a más de una cabortera,
que salió de la manguera,
como una seda y al trote.

Pero —¡ah viejo!— hubo potranca
de esas mansitas de abajo,
que me levantó de cuajo
y me largó por el anca...
Del golpe de una lunanca
nunca me podré olvidar...
¡La viera usté disparar
desparramando el recao
con el marlo enarbolao
relinchando a reventar!...

¿Sabe cuál era, aparcero?
La que en la vida se doma,
la que retoza en la loma
de nuestro ensueño primero;
la que no almite el apero
del que más la solicita,
la que da la sé infinita
que agua ninguna la apaga,
la que cual música vaga
en las canciones palpita.

La que, sigún me han contao,
amaron ayá en Uropa
muchos como el Juan Sin Ropa

de los versos de Obligao,
la que el Quijote mentao
vido en la pampa manchega,
la que al gaucho que le ruega
no quiere ni aproximarse,
la que quería despertarse
al beso de Santos Vega.

La que al venir la mañana,
cuando naides la importuna,
se aparece en la laguna
como la "Gaucha" de Viana:
la camperita inhumana
que frunce mi ceño fiero,
la que conoce el pulpero
por el canto de la güeya,
en fin, la chiruza aqueya
de la trenza pa mi overo...

....
Ya sabe, viejo, el por qué
en mis "tristes" y en mis "cielos"
no hay no más que ansias y celos
y ni un poquito de fe;
como un guacho cabrestié
al costao de una visión,
y, hoy, viejo y sin ilusión,
cansao y medio maceta,
compriendo que aqueya teta
ni siquiera jue chupón.

¿Que en qué cismo, decís? dejáme un rato
pensar en lo que pienso,
porque, a veces, pa juirles a mis penas,
les ando matreriando a mis recuerdos.
Pensaba... Pero, amigo, esto sí es lindo;
se me jue el santo al cielo...
De juro una zoncera; ¿en qué otra cosa
puede pensar un pobre gaucho viejo?
Yo nunca di trabajo a la cabeza;
¿pa qué, si mi vivir siempre jue el mesmo?
¡Si entre el hoy y el ayer la diferencia
jue no más que de tiempo!
En la sobada trenza de mis penas
no se ruempe ni un tiento,
y va el dolor siguiéndome cerquita
como atao a la cincha po'el cabresto...
Cuando se cruzan pagos nunca vistos,
pa no perder el rumbo hay que ir dispierto;
¿pero en la cancha propia? Hasta el más zonzo
hace el viaje durmiendo.
¡Pensar!... En las miserias de la vida
nunca supe poner el pensamiento;
puse mi corazón confiao y zonzo,
y a traición me lo hirieron.

De ahí vienen mis tristezas misteriosas,
   mis horas de silencio...
¡Tal vez mi corazón es ya finaito,
y cuando estoy ansina es que lo velo!

DISPARANDO

Al Viejo Calixto El Ñato.

¿Sabe qué más? Que le juyo,
que no caigo en la zoncera
de meterme a hacer carrera
a un pingo como ese suyo;
yo así no más no zambuyo,
aunque medio sé nadar;
si le aceto es pa aguantar,
¡y a qué darle a la jareta
con un matungo sotreta
que no sabe ni trotiar!...

Mi overo, de redomón,
parecía que iba a ser güeno;
pero jue meterle freno
y resultó mancarrón.
El suyo, que es ligerón
y baquiano pa partir,
aunque lo deje salir
con un mundo de ventaja,
al primer upa lo raja;
¡eso no hay ni que decir!

¿Y jugarle al truco? ¡Cuándo!

Si no falta quien me diga
qué es tanta, viejo, su liga,
que al nacer, nació cantando.
Yo, en cambio, pierdo, jugando,
hasta la gana e fumar,
y cuando llego a cantar,
si no canto errao, en ancas,
canto sólo flores blancas
que no dan ni pa trucar.

En lo que tal vez se amaña
a hacer pierna su aparcero,
será en echarse al garguero
algunas cuartas de caña;
pa eso sí que lo acompaña
con gusto a lo del pulpero.
Y aunque empeñe ayí el apero,
verá que no afloja al ñudo
hasta agarrar un peludo
que no dé con el ajuero.

Y eso que ya ando apestao
y viendo que pa mis males
son al cuete los candiales
y los yuyos del bañao,
me he puesto más delicao
que pueblera embarazada,
ya ni el cimarrón me agrada
y hasta el churrasco me da asco...

¡A mí, que jui p'al churrasco
como cabo de carneada!

Ña Rosa, la china vieja
con la que me he puesto en cura,
me frega con una untura
de grasa de comadreja;
pero ¡ah, hijuna! el mal no ceja;
cada día voy pa pior,
y ya por verlo al dotor
ando como con antojo,
porque, amigo, si no aflojo,
reviento... mi maniador.

La vieja me ha asigurao
que esto de los estantinos
o es pasmo de los malinos,
o es que ando medio empachao.
Pero yo ya he maliciao
que empacho o pasmo es zoncera:
lo que hay es que la cumbrera
se le afloja ya a mi rancho,
y que pronto el Viejo Pancho
se queda hasta sin tapera.

¡Ay! en pensar que sea ansina
se me achica el corazón,
porque jueron mi pasión
sus paredes de fajina;

entre eyas murió hecho ruina
mi único sueño de amor;
eyas mi eterno dolor
cobijaron cariñosas,
y debieran, silenciosas,
velar mi último estertor.

¿No vido? Ya la embarré,
ya volví a quejarme al cuete...
¡Es baliza ésta en que al flete
prontito le saco pie!
Pero ya lo sofrené
hasta sentarle el garrón;
ya dejé el tono yorón
por otro menos amargo...
Pero, viejo, esto va largo;
dejemos pa otra ocasión.

TÚ ERES LA SOLA

Tú eres la sola que no me engañas,
vieja y humilde guitarra mía,
ni a la tristeza de mis canciones
les juegas risa.

Tú eres la sola que no le juyes
a mis desdichas,
y eres la mesma cuando amanecen
que cuando mueren, pa mí, los días.

Como tus cuerdas las ha tejido
con hebras de alma la fantasía,
no bien mi mano sobre eyas tiembla
tuitas mis penas en ti palpitan.

Tú entre la caja guardar supiste
de mis amores la poesía,
¡y ya no pueden de ayí arrancarla
ni sus desdenes, ni su perfidia!

Tú la has mancado con la manea
de los recuerdos, que son la vida,
y muy bajito, con notas tiernas,
la pastoreas y la acaricias.

Ahura no importa que eya se caiga,
ni que a mis ansias responda altiva,
ni que se adorne pa darme en cara,
con cintas que odian a mi divisa.

Mientra en tus cuerdas palpite mi alma
y haiga en tu caja flores marchitas,
¡qué me suponen sus desamores,
ni sus desdenes, ni sus perfidias!

CONSEJOS

Pues decile que no y a la pu. . .cha,
no le andés con lástima,
que es varón, y los hombres nacieron
p'andar en la mala.

¿Que te quiere ese gaucho con tuitas
las ansias del alma?
Pues dejálo balando, mi vieja,
y aprontá p'algún otro la marca.

. . .uta, china macuca que sabe
prenderse las trenzas con moñas machazas,
y que tiene en los ojos el juego
del rayo que mata.

Pa mi gusto que harás tú más muertes
que peste en majada,
lo que empiece a cuajar en tus labios
el beso que es chispa que priende en las almas.

Aflojále, no más, a ese cuerpo
yenito de gracia,
que ha de ser p'al cristiano lo mesmo
que tranca de caña;

Aflojále no más y que al verte
te tiendan el ala
los que domán al potro más crudo
y del tigre se cain en las barbas.

Y dispués que se güelvan tamberos
de puro rendirte la esencia de su alma,
escupíles al rostro desdenes
de aqueyos que matan,

y verás que te siguen queriendo
con más y más ansias...
¡Como quiero yo a aquella chiruza
que jue de toditas mis penas la causa!

LAMENTOS

Al Viejo Calixto El Ñato.

Digalé al dibujador
que nos ha sacao prosiando,
que mi retrato está hablando
aunque el suyo está mejor.
¡Qué lo lambió a ese pintor,
que sin nunca haberme visto,
me ha retratao, que no hay misto
que al verme al costao del rancho
no diga: "Ahistá el viejo Pancho
haciendo el papel de Cristo!"

Porque lo hago, ¿no vi'hacer?
aunque su modestia grite,
al ñudo es que me palpite;
yo declaro su poder;
ansina tiene que ser,
y el triunfo doy de barato,
porque de vencer no trato,
y sobra, pa mi contento,
con que a mi lao tome asiento
y charle conmigo un rato.

¿Que me achico? ¡Ni se le haga!
A juerza de andar trastiando,
sin saber cómo ni cuándo,
doy, a veces, con la yaga;
pero ahi no más se me apaga
la luz de la inspiración,
que si pa otros es mechón
de yama briyante y brava,
pa mí es vela que se acaba
cuanto la acerco a "El Fogón".

Y, viejo, basta e floreo,
porque es al santo botón
repetir cosas que son
viejazas como el sobeo;
no hay gaucho en nuestro rodeo
que a la fin no se aperciba
de que a tuitos se hizo esquiva,
porque está de usté prendada,
la musa regocijada
de nuestra poesía nativa.

Y ahura sí, perdonemé
que no acete su consejo
pa curar el mal ya viejo
de que siempre me quejé,
mi amor, como saguaipé,
se prendió a mi corazón,
y, pa mí, ya no hay visión

como aqueya visión blanca
que siempre le ha dao el anca
a mi ferviente pasión.

Por eya empilché mi overo
con priendas que eran primores,
y pa halagar sus amores
ni lástima tuve al cuero.
Por eya hasta jui matrero,
y de óirlas a mi guitarra,
entuavía el monte narra
con el rumor de sus hojas
las mesmas tristes congojas
en que mi alma hoy se desgarra.

Queriéndola siempre igual,
veo pasar lentos los años,
que yenos de desengaños
van empiorando mi mal;
pero a mi sino bagual
no le aflojo ni un poquito,
me matará despacito,
pero mientras tenga aliento,
alas daré al pensamiento
pa que yegue a lo infinito.

Mi amor que es de güena hebra,
ha de morir en su lay;
porque es como ñandubay

que sólo el rayo lo quiebra.
Los celos, como culebra
se añudan al corazón,
y yo que, ciego e pasión,
siento en el alma su baba,
no quiero que eya sea esclava
de su ahogadora opresión.

El amor recompensao,
dura... lo que dura un lirio,
que amor que no da martirio
es como mate lavao;
pero el amor desgraciao
que nada pide ni espera,
si amarga la vida entera,
tiene, en cambio, en su amargura,
el amargo, que es dulzura,
de la yerba misionera.

Yo, por las horas serenas
que le brinda a eya el olvido,
desesperao y abatido
no cambio una de mis penas;
pa mí serán siempre ajenas
sus alegrías más puras,
pero si las desventuras
la retoban en sus velos,
pa ofertarle a eya consuelos,
áun hay en mi alma ternuras.

DOS DE NOVIEMBRE (de 1904)

Deshojálas no más po'ande tú quieras,
   que, en la Patria de Artigas,
tanto son cementerios las quebradas,
como son camposantos las cuchiyas.

   Po' ande quiera que jueron
luciendo en los sombreros las divisas,
po' ande quiera que jueron nuestros gauchos
iba quedando roja la gramiya.

   ¡Quién sabe en qué picada
cayó pa siempre el que te amó, mi china!
¡Quién sabe cuál jue el molle cuyas hojas
oyeron lo que dijo en su agonía!...

Ande cantaban antes las calandrias
   dicen ahura las brisas
que se han quedao sin besos muchas cunas,
y se han quedao sin luz muchas pupilas.

   Cayeron de las frentes
   de las mozas más lindas
despojaos y marchitos azahares,
y los mantos de gasas hechos tiras.

Las almas de las madres
van siguiendo entuavía
el vuelo e los caranchos, que señala
el lugar en que jueron las guerriyas.

Y en cerros y en cañadas
las rojas margaritas
parecen cuajarones de la sangre
en el altar de la pasión vertida.

. . . .

Deshojálas no más, cubrí de flores
esta tierra bendita,
y dejáme yorar. Entuavía faltan
algunas horas para encordar la lira.

PENAS

Sí, chiruza, entuavía vivo
sepultao aquí en mi choza
con la tristeza rabiosa
del ñacurutú cautivo.
No me preguntés si altivo
sigo retando al dolor,
vos sabés que ingrato amor
abrió en mi pecho una herida
por donde, va con la vida
escapándose el valor.

Viejo y cansao de vivir,
sin encontrar mi siñuelo,
he dao en pedirle al cielo
que dé fin a mi sufrir!...
Una gran pu...cha, morir,
pa mi gusto que ha de ser
mil veces mejor que ver
cambiarse al uso de Uropa,
dende el calzao y la ropa,
hasta el sentir y el querer.

¿Quién ensiya un redomón?
¿Quién acierta un tiro e lazo?
¿Ande está el cantor machazo

que encele al ganao rabón?...
¡Oh, mis tiempos; oh, ilusión!
¡Oh, tierra, mi santa tierra,
que en inacabable guerra
vas, pa enterrar a tus crioyos,
abriendo hoyos y más hoyos
dende el yano hasta la sierra!

PREGÚNTENSELO A EYA...

¿Que por qué no canto? ¿Que por qué el silencio
vive en mi tapera,
y está mi guitarra colgaita de un clavo
sin cintas ni cuerdas?

¡De juro! y ¡qué quieren! ¿Quieren que la toquen
manos que ya tiemblan,
manos que no sirven pa cortar un tiento
ni hacer una trenza?

¡Cantar! Con la caña se me ha puesto el pecho
con una ronquera!...
¡Y dispués ¡qué pu...cha! para qué vi'a pararles
rodeo a mis penas!

Pa cantar es juerza saber que hay un alma
de amores sedienta,
que, aguaitando un trovo, buscó la guitarra
y puso a escondidas un beso en sus cuerdas.

Pa cantar no basta la falsa alegría
que da la giñebra;
precisa mamarse bebiendo de a buches
en el vaso rojo de una boca fresca.

Y yo bebo en guampa caña en que el pulpero
misturó pimienta,
porque el vaso, rojo como flor de ceibo,
lo quebró Mandinga ¡por una zoncera!

....

Cuando yo a las cuerdas arrancaba estilos,
de esos en que tuitas las penas se enriedan,
era porque veia bajo el arco hermoso
de unas cejas negras,

briyar como brasas los ojos queridos
de la china aqueya...
que de juro sabe por qué es que estoy mudo
y está mi guitarra sin cintas ni cuerdas.

POSTALES

EN UNA QUE REPRESENTA UN POTRO YA ENTREGADO.

Con un tiro de bolas lo hizo cautivo,
lo domó, y hoy el potro, manso y ligero,
es el fiel compañero del crioyo altivo
de esta tierra charrúa que tanto quiero.

EN OTRA EN QUE UN GAUCHO DOMABA UN "CRUDO".

No le aflojés, hermano,
que en sintiendo el rigor, tuitos se entriegan,
el animal lo mesmo que el cristiano.

AL PIE DE UNA REPRESENTANDO UN RAMO DE FLORES, ENVIADA AL AUTOR DURANTE LA GUERRA DE 1904.

Mientras dure el azote que nos devora,
no debiera la tierra producir flores,
ni debieran las noches tener aurora
en la tierra charrúa de mis amores.

ÍNTIMA

Del rincón ande dormita
cuasi las más de las horas,
la de las cuerdas sonoras
a que la pulse me invita.
Es la guitarra bendita
que sabe de mis dolores,
la que adornaban con flores
manos que amé como un loco,
la que áun yora cuando evoco
tristezas de mis amores.

Puede que sienta otra vez
que algo en sus cuerdas se enrieda,
algo suave como seda
pa ser áspero dispués.
Dolor güelto del revés
pa disfrazar su amargura,
agua que parece pura
y es venenoso entrevero,
luz que apagará el pampero
cuando la noche sea oscura.

Pobre guitarra que áun cré,
que vendrá otra primavera
con la divina zoncera

de aquel amor que se jue.
Del amor en que mi fe,
como en verde cina-cina,
jue prendiendo en cada espina
la gasa azul de un ensueño,
que de juro era pequeño
pa la ambición de una china;

de aqueya chiruza autera
que a juerza de desengaños
enredó estilos extraños
en mi guitarra campera;
de aqueya china hechicera,
daga en mi pecho clavada,
de quien con ansia insaciada
siempre algún recuerdo evoco
que duele, cuando lo toco,
como una herida enconada.

COSAS DE VIEJO...

¡Que por qué ando yo ansina como enojao y triste!
¿Pa qué querés saberlo, mi linda flor de ceibo?
Los días del verano, que son pal mozo auroras,
son tardes melancólicas pa los que van pa viejos.

Pa yo poder contarte la historia de mis penas
tendría que ir dispacio pialando mis recuerdos...
Dejálos que el olvido los ate a su palenque,
que yo, pa dir guapiando, ya no preciso de eyos.

Más bien cebá un amargo de los que tú acostumbras
pa despuntar el vicio... pa dir haciendo tiempo...
¡Quién sabe si algún día, sin óirlo de mis labios,
no sabés por qué peno!

Pero hoy tuavía es temprano pa que esa cabecita
que pide pa adornarse la roja flor del ceibo,
comprienda que se pueden hayar sobre la almohada
tristezas que nos ahugan en vez de lindos sueños.

Cebá, cebáme un mate, que yo, pa entretenerte,
te vi'a contar un cuento
que, aunque es todo él mentira,
tal vez se te haga cierto.

Era como vos moza y era como vos linda
y como vos tenía por ojos dos luceros,
ande se achicharraban de un corazón las alas,
del corazón de un gaucho que se miraba en eyos.

Era un cantor y pueta de esos que en la guitarra,
ponen en voz de cuerdas sus delicados nervios,
y cantan en sus "décimas" bravuras de los héroes,
y penas en sus "tristes", y amores en sus "cielos".

Eya tuvo al principio p'al payador amante
en los ojos ternuras y en la boquita besos...
¡Eran como palomas que van buscando el monte
p'hacer entre los sauces el nido de sus sueños!

Dispués... ¿sabés, mi china, que está lindo tu mate?
Más lindo que mi cuento;
no dés güelta a la yerba, seguí, seguí cebando,
pa ver si se me apaga la sé que estoy sintiendo...

Dispués... ¡Óigale el duro!
¿Sabés que no me acuerdo?
Mirá, sacá esa astiya que está haciendo humadera...
me yoran ya los ojos... prestáme tu pañuelo...

REMORDIMIENTOS

Cuando mi penar concluya,
el que mis pilchas herede
te ha de devolver, si puede,
una prienda que jué tuya.
Que tu odio no la rehuya,
porque que te yeve quiero
el triste beso postrero
que ha de darle el alma mía,
aqueya trenza que un día
lució en el marlo mi overo.

En una mañana aciaga,
que ni recordarla quiero,
te la corté rente al cuero
con el filo de mi daga,
que así en mi tierra se paga
el desdén no merecido
de la mujer que al olvido
dio un sagrado juramento,
y despreció el sentimiento
del gaucho que la ha querido.

Jueron pasando los años,
creció otra vez tu cabeyo,
sin que en él su gris desteyo

pusieran los desengaños;
como dos seres extraños
nos volvimos a encontrar,
tú pasaste sin mirar;
tràs ti se jueron mis ojos,
¡pobres ojos, áun hoy rojos
de tanto y tanto yorar!

Y al verte como un consuelo
cayó sobre mis dolores,
porque no yevabas flores
enredadas en el pelo.
Volvió a aguaitarte mi anhelo;
volví otra vez a soñar,
y algo que no sé explicar
me hizo un instante creer,
que de naides yegó a ser
lo que no pude alcanzar.

¿Será ansina? ¿Al corazón,
que jue pa mí como piedra,
no se habrá agarrao la hiedra
de alguna extraña pasión?
Si un resto de compasión
queda en tu pecho cruel,
con tus labios, que áun son miel,
decímele al alma mía
que árbol no hayaste entuavía
pā hacer tu nidito en él.

Y bendeciré el rigor
de tu desdén asesino
que a lo largo e mi camino
sembró abrojos y dolor;
y cuando ya el estertor
se acerque de mi agonía,
he de maldecir el día
en que te inferí la ofensa
de robarte aqueya trenza
que consoló el alma mía.

Colgada a la cabecera
del catre en que, siempre enfermo,
me acuesto, pero no duermo
en tuita la noche entera,
en eya, cuando me muera
han de encontrar una flor,
que perdida la color
y mustia, como mi suerte,
dirá que sólo la muerte
pudo acabar con mi amor.

DURAZNIYO Y CICUTA

¡Óigale el duro, y se asombró de verme
blanquiando la cabeza,
apagao el mirar, la frente arada
y hasta medio envarao de las dos piernas!

¡Se le hizo que era cuento
la historia de mis penas,
creyó que era e la lonja de los sueños
que sacaba los tientos pa mis décimas!

¡Ojalá juese ansina;
ojalá nunca hubiera
pasao las noches sin cerrar los ojos
en el fondo sin luz de mi tapera!

¡Ojalá hubiera sido
un fantasma, no más, la china aqueya
que estáquió la ilusión de mis veinte años
como si juese un cuero de epidemia!

Pero ¡de ande soñar, si entuavía vive,
y entuavía soberbia
avirigua, riyendo, si a *su gaucho*
no lo han muerto las penas!...

Como estaba de Dios que mi cariño
había e pagarlo con desdenes eya,
juimos, en vez de trébol y gramiya,
"durazniyo" y "cicuta", que envenenan.

REMEDIO

Reyunála no más ande la encuentres
si te engañó, gurí;
reyunála, no más, pa que en la vida
pueda ráirse de ti.

¡Ah, malhaya la oreja e la chiruza
que dispreció mi amor!...
¡No habérsela pelao p'hacer con eya
presiya al maneador!...

¡QUE DIREIS!

Clavel del aire que alegras
el mojinete del rancho,
trébol de olor que perfumas
el tarro ande escuendo el naco;
calandria que me despiertas
dende el ombú con tu canto,
solcito que desentumes
los güesos del viejo Pancho...
¡Qué diréis cuando una aurora
no me sintáis carraspiando,
ni a través del techo e paja,
veáis salir l'humito blanco
del jogón en que hirve el agua
con que cebo el mate amargo!

1917.

¡PA GLORIA DEL HOMBRE!!...

Cuando ahugaba mis penas en la hiel de mis versos,
y en mortaja de "tristes" envolvía un querer,
nunca crai yo que aqueyas mal rimadas canciones
juesen en otros labios más tarde a florecer;

pero entuavía se enriedan en las cuerdas sonoras
que acarician las manos del gauchaje cantor
al sonar de las copas en la alegre glorieta,
o al tomar el amargo del jogón al calor.

Y las oyen las chinas y sonríen al óirlas
porque acaso han hecho a otros lo que me hizo *una* a mí.
Porque acaso como *eya*, con el hilo e los celos
aprendieron, ladinas, a tejer ñandutí.

¡Ah, malhayan los ojos de las lindas chiruzas
que ocasiones encienden yamaradas de amor,
y ocasiones, filosos como daga e matrero,
van talando los huertos de esperanzas en flor!

Ah, malhayan los labios como pulpa e sandía
que nos brindan en besos la delicia e su miel,
pa dispués en un gesto de desprecio fruncirse
redamando en las almas amarguras de hiel...

Si el amor es pa todos lo que jue pa este gaucho,
si es no más con desdenes que se paga el querer,
¿pa qué dicen las Santas Escrituras, entonces
que pa gloria del hombre, Dios creó a la mujer?

INSOMNIO

I

Es de noche; pasa
rezongando el viento
que duebla los sauces
cuasi contra el suelo.
En el fondo escuro
de mi rancho viejo,
tirao sobre el catre
de lecho de tientos,
aguaito las horas
que han de tráerme el sueño,
y las horas pasan,
y ni yo me duermo,
ni duerme en la costa
del bañao el tero,
que ocasiones grita
no sé qué lamento
que el chajá repite
dende ayá muy lejos...
....
¡Pucha que son largas
las noches de invierno!

II

A través del turbio
cristal del recuerdo
van mis años mozos
pasando muy lentos.
Y dispués que gozo
si a vivirlos güelvo,
pensando en los de ahura
no sé lo qué siento...
Noviyos sin guampas,
yeguas sin cencerro,
potros que se doman
a juerza e cabresto;
bretes que mataron
los lujos camperos,
gauchos que no saben
de vincha y culero,
patrones que en auto
van a los rodeos...

....

¡Pucha que son largas
las noches de invierno!

III

La puerta del rancho
tiembla porque el perro
tirita contra eya

de frio y de miedo...
Tuito es hielo ajuera,
tuito es frío adentro,
y las horas pasan,
y yo no me duermo;
y, pa pior, en lo hondo
de mi pensamiento
briyan encendidos
dos ojos matreros
que persigo al ñudo
pa quedarme en cyos...
Son los ojos brujos
que olvidar no puedo,
porque ya pa siempre
robáronme el sueño

....

¡Pucha que son largas
las noches de invierno!

CUANDO PASÉS CERCA MÍO...

Cuando pasés cerca mío
cerrá los ojos, chiruza,
porque siempre que me miran
hasta el alma se me ñubla...

Tus pupilas se parecen
a aqueyas pupilas brujas
pa las que jueron mis sueños
ardedoras charamuscas.

Tamién aqueyas miraban
como miran hoy las tuyas,
y de lo negro e su sombra
vinieron mis desventuras

Tamién, aqueyas, al sesgo
se clavaban como chuzas
en lo más hondo del alma
pa no salir ya más nunca.

Dentro de la mía las yevo,
y áun en mi noche me alumbran,
y áun las pastorean mis ansias,
y áun las yaman mis ternuras...

¡Pupilas que me enloquecen!
¡Mis lindas pupilas brujas!...
¡Cuando pasés cerca mio
cerrá los ojos, chiruza!

Dicen los que cruzan
po'al lao de tu choza,
cuando en la ventana, pensativa y triste,
los brazos apoyas,

que tus ojos lindos
s'enyenan de sombra
lo que ven de lejos, al cáer de la tarde,
mi rancho e totora.

Si es remordimiento,
Dios bendiga su obra,
porque siento a veces cuando muere el día,
que algo en mí retoza.

Diciembre de 1918.

LENGUA NO AYUDA

Decís que no te quiero porque al lao tuyo
no converso como hablan los payadores...
¡Es que no hay en mi chacra ni un triste yuyo
que reclame perfumes y se abra en flores!

Enamoran a pico como palomas
los que pasan la vida meniando pluma,
yo, bolcando baguales por esas lomas,
sólo sé amar a auyidos, igual que el puma.

Pero vos sabés, prienda, que son abrojos
pa prenderse a tus trenzas los besos míos,
y que saben decirte de amor mis ojos
cuando no los castigas con tus desvíos.

Ni carece que el labio te brinde halagos
pa explicarte lo mucho que yo te quiero...
Te lo dice el respeto con que en mis pagos
te saluda el gauchaje más altanero.

Y hasta puede, chiruza, que te lo explique
el cristiano más zonzo del vecindario,
que, al saber que a tu rancho de palo a pique
ni campiando balotas va el comisario,

malicea hace mucho por qué no topa
el que jue toro bravo y es hoy noviyo...
Porque sabe que si ando cargaito... e...ropa
no preciso más lengua que la el cuchiyo.

Mayo 1919.

¡NUNCA MÁS!

Cuando en sus labios, nidito
ande mi amor se dormía,
vide aguaitándome, un día,
su primer desdén maldito,
con el corazón chiquito
sentí como ansia e matar. . . ;
pero ¡de ande sepultar
mi cuchiyo en su garganta,
blanca, como la hostia santa
que nos dan al comulgar!

Una lágrima escondida
calmó el temporal deshecho,
pero ya se hizo repecho
el cuesta-abajo e la vida.
Mi primavera querida
deshojó su última flor,
perdiendo tuito el verdor
mis campos antes risueños,
y en la majada e mis dueños
dentró el lobo del dolor.

Como en una cuerda rota
en mi garganta sedienta
reventó, ronca y violenta,

yena de rabia una nota.
Era el grito e la gaviota
cuando arrecia el temporal;
era el relincho el bagual
pa que la yegua no emigre,
era el auyido del tigre,
celoso, entre el pajonal.

Jue hace mucho y entuavía,
si el recuerdo me lo evoca,
siento otra vez en la boca
el amargor de aquel día.
Lo güeno que en mi alma había
nunca más golverá a ser,
y ya nunca más vi'a crer
—porque de mi fe soy dueño—
ni en las mentiras del sueño,
ni en palabras de mujer.

Enero de 1919.

¡RECORDAR!

I

Era un ranchito e fajina
cerquita de una cañada,
al lao de un monte de sauces
criadero de torcazas.
Cuando el sol quería dentrarse,
con lo mejor de mis galas
ensiyaba un zaino negro,
que bañaba un buche de agua,
y al trote, como quien tiene
tuitas sus cuentas saldadas,
enderezaba pal nido
ande el amor me aguaitaba.
El "ras" "ras" de la coscoja
y el "rayar" de las rodajas
eran pa'l rancho e fajina
como el yuyito e la fábula,
porque se abría su puerta
y alegre como calandria
a recibirme salía
la que era señora e mi alma...
....

II

¡Ojos, mis ojos queridos
que enamoraos me miraban!
¡Boca, mi florcita e ceibo
que en besos se deshojaba!...
¡Seno esponjao po'el deseo
como el buche e las torcazas!
¡Cuerpo pa mí más flexible
que el hunco de la cañada!...
¿Por qué dispués de ser míos
me los mezquinó la ingrata
que había jurao me quedría
hasta dentro e la mortaja?...
....

III

La otra tarde, a los añares,
curao de tuitas mis ansias,
en un pingo que lucía
lo mejorcito e mis galas,
al trote, como quien güelve
redotao de una patriada,
pasé po' el rancho e fajina
que jue querencia del alma;
pero no se abrió su puerta
al temblor de las rodajas,
ni pa curiosiar siquiera

si era gaucho el que cruzaba;
sólo al pasar medio al tranco
frente a una de sus ventanas,
vide briyar en lo escuro
bajo un mechoncito e canas,
dos ojos medio dormidos
que redepente se espantan
al fijarse en mi cabayo
y reconocer ¡mis galas!

Tala, febrero de 1919.

ALVERTENCIA

Cortá como en carne ajena,
que soy madera de ley,
y estoy tan hecho a mi pena
como a su coyunda el güey.

Olvidáme si el recuerdo
de mi amor te hace sufrir;
yo la esperanza no pierdo
de quererte hasta morir.

De tu desprecio hacé alarde,
no creás en la fe mía.
Y raite del que cobarde,
no castigó tu falsía.

Son mis odios tan pequeños,
que sé hacer, pa que no penes,
con lanitas de mis sueños
niditos pa tus desdenes.

Pero mientras tenga aliento
¡pobre de vos si olvidás
que hicistes un juramento
de no ser de naides más!...

Tala, 1919.

NO LA CULPÉS A LA CAÑA

No culpés a la caña
si caido algún día me encuentras,
que eya no quiso bolearme,
sino hacer juir mis tristezas.

Madre de los que nacimos
p'hacer vaca con las penas,
¡qué iba a ser de los cristianos
si la caña no existiera!

Naides sabe lo que es gloria
si sus labios no lo besan,
ni alcanza lo que son sueños
el que en sus brazos no duerma.

Con eya no hay pingo arisco,
ni esperanza cabortera,
ni china que nos engañe,
ni ilusión que no florezca.

Si algún día me ves caido
no le echés la culpa a eya...
¡Son tus desdenes, chiruza,
que me tientan a beberla!

1920.

GUÁRDALO PA... OTROS...

Sé que te rais porque, a ocasiones, canto
que jue un desdén lo que amargó mi vida,
y rais al ver que padeciendo tanto
mi pobre corazón áun no te olvida.

Gozá, no más, si mi dolor te alegra,
hacé, no más, de tu desdén alarde...
Cuando la suerte sea pa mi más negra
menos ha e ser mi corazón cobarde.

Como se ruempe l'hacha en el lapacho,
ansina en mi alma tu desdén se quiebra,
que por algo, al nacer, oí decir "macho".

Pa mí el querer ha e ser de relancina,
amor hecho e rogar, ya no es de esa hebra.
¡Guardálo pa... otros ese amor, mi china!...

1921.

¿AFLOJANDO?...

Porque me ve maceta, medio apestao y al pepe,
¿ya se crée que soy garra de algún cuero de peste?

Porque ensiyo un matungo, que a lo mejor se duerme,
¿ya pensó que mis potros se han quedao sin jinete?

Porque el tiempo abre zanjas con su reja en mi frente,
¿calculó que de viejo ya no puedo tenerme?

Porque ya ni a las mozas que en mi pago florecen
sé tenderles el ala, ¿cré que mi alma no siente?

Se equivoca, mi vieja; no alvirtió que se engüelven
en ceniza las brasas que apagarse no quieren.

Si ando al tranco a ocasiones, y a ocasiones parece
que camino sin rumbo, dando güeltas al cohete;

si largué mis baguales y no ensiyo mis fletes,
y he colgao la guitarra sabe Dios si pa siempre,

no es que viejo y sin juerzas a destajo me entriegue,
ni que, taba sin chumbo, ya no pueda echar suerte,

¡es que temo que el tiempo mis recuerdos avente,
y el olvido a mis penas vaya a abrirles el brete!...

¡HOPA... HOPA... HOPA!

Cuasi anochecido, cerquita e mi rancho,
cuando con mis penas conversaba a solas,
sentí ayer ruidaje como de pezuñas
y el grito campero de ¡hopa!, ¡hopa!, ¡hopa!...

Salí, y en lo escuro vide uno de poncho
yevando a los tientos lazo y boleadoras,
que al tranco espacioso de un matungo zaino
arriaba animales que parecían sombras.

—"Paresé, aparcero, paresé y disculpe,—
le dije: —¿Qué bichos yeva en esa tropa."
—"Voy pa la tablada de los gauchos zonzos
a venderles miles de esperanzas gordas".

—"Si el mercao promete y engolosinado
güelve po'estos pagos en procura de otras,
no olvide que tengo mis potreros yenos,
y que hasta e regalo se las cedo todas"...

Sonrióse el tropero, que era el Desengaño,
talonió el matungo derecho a las sombras,
y áun trae a mis óidos el viento e la noche
su grito campero de "¡hopa!, ¡hopa!, ¡hopa!".

LO QUE NO ENVEJECE

Güeno, con su permiso,
vi' aflojarle la cincha a este sotreta,
y acetarle el amargo
porque tengo la boca como yesca.

De galopiar al ñudo
se me envaró una pierna.
Lo que me siente un rato y tome un verde
güelve a quedar como cuando era nueva.

Pa'l cansancio e la lidia
no le falta al cristiano una bajera;
pero diga, aparcero,
¿el cansao de vivir, ande se sienta?

Se lo pregunto, viejo,
porque, más que dolor en la osamenta,
he empezao a sentir como desgano
de seguir taloniando la existencia.

Se me jueron los años
cismando noche y día con zonceras,
me envicié en el soñar cuando era mozo
y soñaré, no más, hasta que muera.

Una visión que alcanzo a ver a gatas
se adueñó de mis riendas.
¿Hasta cuándo? ¡Quién sabe! Si las larga
no vi'a saber rumbiar pa la querencia.

Pastoriando esperanzas
no alvertí la vejez que andaba cerca;
hoy la siento en los güesos
y ha cubierto de escarcha mi cabeza.

Mis pobres ilusiones
ya no saben volar de puro viejas...
¡Tuito envejece en mí, tuito se acaba!...
¡Las que son siempre mozas son mis penas!

1921.

AL ÑUDO

No vengás a contarme que ha envejecido,
y que ya no es ni sombra de lo que ha sido;

porque, como hace mucho que no la veo,
tal como era hace añares la ve el deseo.

Dende el día en que empezaron nuestros desvíos,
sólo han ido al galope los años míos;

jueron los d'eya al trote como la luna
po'entre el agua mansita de la laguna.

Pa que el arao del tiempo no la tocara,
bajo el filo e su reja puse mi cara,

y los surcos que en eya labró el acero
le dirán ahura y siempre lo que la quiero.

¡Ese cuento e que es vieja, no me entristece,
que en el fondo el recuerdo naide envejece!

1920.

PEREZA

—Levantesé, mi hijo,
que ya amaneció
y ahura, entre un ratito,
va a salir el sol.
—Déjelo, que salga,
mama, dejeló,
porque él no ha pasado
la noche que yo.
Cuando a sus entrañas
se prienda el dolor,
y le juya el sueño
que me abandonó,
y se hinque en las pulpas
de su corazón
del tigre e los celos
la garra feroz,
puede que a las nubes
les pida e favor
que al potro del alba,
que es madrugador,
le pongan un juerte
bozal potreador,
p'hacerlo a la juerza
sentar el garrón...
No es que tenga pienso

de dormirme, no
que quiero las horas
contar del reló,
sino que en lo escuro,
con la ayuda e Dios,
puede que un alivio
le haye a mi dolor...

Cierre ese postigo,
mama, cierreló,
porque cuando en sombras
tuito engüelto estoy,
es cuando mis ojos
la ven más mejor
a la que jue un dia
mi dulce ilusión
y hoy con sus desdenes
mi sueño mató.
Quiero en el silencio
de este mi rincón
sufrir recordando
sus labios en flor,
la gloria e su cuerpo
golosina e Dios,
la luz de sus ojos,
el eco e su voz
cuando ya pa siempre
me dijo su "adiós".

Ya que no hay remedio
p'ahugar mi pasión,
y no es propio e machos
mendigar amor,
que naide en el mundo
sepa mi aflición,
ni alvierta en los ojos
que el sueño olvidó
la güeya e las lágrimas
que el dolor cuajó.

¡TERU... TERU...TERU!...

Tuitas las mañanas en tiempo e verano
cuando iba de güelta de parar rodeo,
o rumbiaba al tranco campiando las cosas
reventao de tanto recorrer potreros,

como si no juese por voluntá propia
sino por ladina querencia e mi overo,
pa mí no había senda que no juese a un bajo
ande una laguna se escondía entre ceibos.

Era que de lejos, a la oriya el agua,
como virgencita que rezara un rezo
veia yo a mi china que se me venía
cuanto me aguaitaba coronar el cerro.

Galopiaba entonces p'ahorrarle camino...
Mi overo, cerquita, se paraba en seco,
y, afirmándose eya de pie en el estribo,
con su boca fresca me ofrecía un beso.

Juntitos ansina, clavando mis ojos
hasta lo más hondo de sus ojos negros,
no sé si buscando que eyos me dijeran
lo que no sabía decirles yo a eyos,

tranquiaba mi overo rumbo a la laguna
contento e su carga y estirando el tiempo,
mientras en la oriya del agua, sus gritos,
escandalizados lanzaban los teros...

Recogia mi china su poyera blanca,
y, tuitos desnudos sus brazos morenos,
lavaba su ropa yenita e puntiyas
que áun tenia el perfume de su lindo cuerpo.

....

....

Ya hace muchos años y entuavia, a ocasiones,
bajo a la laguna que escuenden los ceibos...
¡Pero ya mi china no lava su ropa
y oigo sólo un grito: "teru... teru... teru!"...

MI TESTAMENTO

Cuando me esté muriendo
saquenmén campo ajuera,
y al lao de una cañada
ande corra un hilito de agua fresca,
ande el trébol de olor y la gramiya
se le brinden al cuerpo como jerga,
y haiga una mata e pasto
pa dejar cáer sobre eya la cabeza,
dejenmén solo ayi... ¡Solita mi alma!
Pa que naides se entere ni me sienta
lo que esté po'empacárseme del todo
el corazón que a gatas si trotea.
¡Yo no quiero morir dentro e mi rancho
como muere el peludo entre la cueva!
Quiero sentir bajo la luz del cielo
la caricia e la tierra
que jue siempre pa mí como una madre
y ha e recoger mis güesos lo que muera;
quiero óir cantar, cuando el sudor me avise
que me aguaita la áutera,
sobre el ombú e mi choza la calandria
que tantas veces consoló mi pena;
quiero ver retozar a los baguales
que la yeguada encela
pa recordar los que montaba en pelos

al salir disparando e la manguera;
quiero seguir el vuelo e las torcazas
cuando a la tarde los cardales dejan,
y van, buchonas, procurando el nido
ande Amor, arruyando, las espera.
Quiero aspirar, cuando a morirme vaya,
los perfumes que al viento dan las sierras,
y envenando los ojos de azul-cielo,
al darle al sol mi adiós lo que se escuenda
pedirle pa la zanja en que me entierren
su primer rayo e luz cuando amanezca...

....

¡No me dejen morir dentro e mi rancho
como muere el peludo entre la cueva!
¡Dejenmé agonizar a campo abierto,
la cara al cielo güelta,
pa verla bien, lo que la noche se haga,
a la adorada estreya
que les robó la luz a unas pupilas
que envenenaron tuita mi existencia!...

1921.

MÁGOA

Campié de mozo con ansia loca
la sé de un alma pa ser su juente,
y la que en mi agua puso su boca
vertió desdenes en su corriente.

Caido en el lazo de esa zoncera
de que "queriendo tuito se alcanza",
corriendo al flete de la quimera
cansé el piquete de la esperanza.

En las veredas, hoy ya resiertas,
po'ande mis tristes cruzadas hice,
jueron, de a trechos, quedando muertas
las ilusiones que yo más quise,

y hoy ni en la oriya de la laguna
que un día brindóme dichas fugaces,
aunque en el cielo luzca la luna,
me ven los teros ni los chajases.

Que entre mi cueva, como el peludo,
mientras las horas trotean serenas,
voy repuntando sombrío y mudo
una por una tuitas mis penas.

1920.

¡POBRE ALMA MÍA!

Cuentan que de tu rancho
   por la ventana
dentra tuitas las noches
   una luz mala,
   y hay quien porfía
que es de juro alma en pena...
   ¡Pobre alma mía!

Quien pudiera vicharla
   dispués que dentra
pa saber si la miman
   o la disprecian;
   ¡pobre alma loca
que a aumentar vas tu pena
   viendo su boca!

Y quemando en sus ojos
   tus blancas alas
que abatirá el enojo
   de sus miradas...
   ¡Almita güena,
no vayas más al rancho
   de aqueya hiena!...

quedáte aquí penando
   cerquita mío,

que alguien ha de vengarte
de sus desvíos. . .
¡También los años
le han de tráer pa que pruebe
tus desengaños!

COMPOSICIONES INÉDITAS

¡ECCE HOMO!

Jesús, Nuestro Señor; vos que aprendiste
desde la triste soledá del Güerto,
hasta el arisco cerro del Calvario,
lo que son sufrimientos,
si aún le tenés querencia a los mortales,
dame juerzas a mí, que de ir subiendo
el Calvario e la vida,
no me alcanza un resueyo a otro resueyo.
Vos no perdiste, como yo, a una madre,
ni como yo has besao a un hijo muerto;
ni jue pa vos la rubia pecadora
lo que pa mí la china de mis versos...
También yo padecí sé de quereres
y naides refrescó mis labios secos,
y no faltó quien el costao me abriera
con la chuza el desprecio;
también a mí sin asco me estaquiaron
en la cruz de los celos...
¡Y no sintieron de unos rulos suaves
el beso alentador mis pieses yertos!...

HOJARASCA

Me quiso y me olvidó. Pasaron años
y al volverla a encontrar se heló mi alma,
porque advertí en su andar muelle y sin ritmo
la languidez de la mujer hastiada.

Sus pupilas, carbunclos incrustados
sobre la córnea de azulado nácar,
temblarón al mirarme, como tiemblan
del ave herida las abiertas alas.

¿Qué quisieron decir? ¡Pobres pupilas!
En la región azul de la esperanza,
se ha cerrado el alcázar de los sueños,
se ha agotado la fuente de las ansias.

No es eterno el vivir; ya va en su ocaso
el sol que iluminó nuestra mañana,
el claro sol a cuya luz fulgente
batiera un día la ilusión sus alas.

¡Hoy, mientras ella, aún lánguida y tranquila,
el grave fardo de su hastío arrastra,
sobre mi frente que mis penas surcan
va la vejez tendiendo sus escarchas!

A MI RANCHO

Ranchito que entre el verdor
parecés una gran cosa
y no sos más que la choza
donde escuendo mi dolor.
Rancho en que entuavía el amor
que en rescoldos se consume
a ocasiones desentume
las alas medio dispacio
pa perderse en el espacio
como si juese un perfume.

Tapera medio arrumbada
que al costao de una laguna
en mis noches sin fortuna
fuiste pa mí como un hada.
¡Quién dirá al verte rodeada
de paraisos y palmeras,
que sos triste de adeveras
porque, bajo tus totoras,
no hay en mis noches auroras
ni en mi vejez primaveras!

Al zarzo que da a tu alero
un rosal de rosas blancas,
trepa yevándose en ancas

la copa de un jazminero.
Corre a su sombra un sendero
que como baliza cierta
va derechito a una puerta
que bajo un toldo de flores,
p'adormecer mis dolores
he de hayarla siempre abierta.

Cuando m'echo en la catrera
bajo tu techo sombrío,
se saca el bozal mi hastío
pa disparar campo ajuera.
Bríndame su adormidera
la dulce melancolía,
y alegran el alma mía
las notas consoladoras
de dos calandrias cantoras
que madrugan más que el día...

Rancho que sabés mi historia,
mi linda choza querida,
que yevo siempre prendida
del cinchón de la memoria.
¡Pa qué quedré yo más gloria
que el caloreito e tu hogar,
hoy que cansao de penar
le tengo asco al vivir,
y se me hace que morir
no es no más que descansar!